

Agosto 24/1871

Asunt

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona.

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

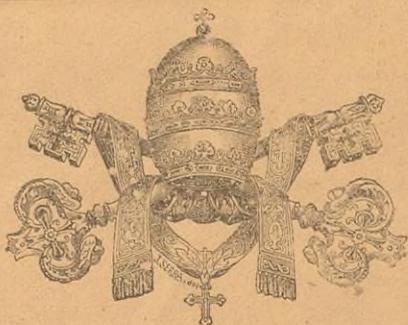
doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ROJO

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA :

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIEBA,

CALLE DE ROSADOR, N.º 24 Y 26.

1871.

Entregas 7 y 8.

L47 - 7965

7569

P. 19 IX

HISTORIA DE LA VIDA DE SU VIDA
Y DE LOS VIENTOS Y CIERNO VIENTOS DE SU CIELOSO CONTIGUO

ELABORADA POR EL CATEDRATICO

DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

ELABORADA POR EL CATEDRATICO
DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

D. EDUARDO MARIA VILARRASA

B. EMILIO MORENO CEBALDI

ELABORADA POR EL CATEDRATICO
DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

ELABORADA POR EL CATEDRATICO
DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

1910

parte de un hombre que todavía se atreve á llamarse católico: no ignoro cuál es el objeto de todas estas violencias; preténdese separarme poco á poco de mis consejeros para colocarme en la imposibilidad de ejercer mi ministerio apostólico y de defender los derechos de mi soberanía temporal. Yo ordeno á mi ministro el no obedecer las órdenes de una autoridad ilegítima y de seguirme en mi cautiverio. Sepa vuestro general que si la fuerza debe arrebatármelo de mi lado, no será sino despues de haber hecho añicos todas las puertas.»

Este episodio hizo rebosar la copa de la desesperacion en los imperiales. El cautiverio fue decretado.

El 17 de mayo de 1809 Napoleon expidió en su campo imperial de Viena un decreto en cuya virtud todos los Estados pontificios quedaban anexionados al imperio francés. La ciudad de Roma era declarada ciudad imperial y libre. Un Consejo, puesto bajo la dependencia del Ministerio de Hacienda, debia tomar posesion de los Estados pontificios á fin de que el régimen constitucional pudiera funcionar á 1.º de enero de 1810.

El dia 10 de junio de 1809 el Papa, perdido ya el último destello de esperanza, publicó solemnemente una bula de excomunion.

En la noche del 5 al 6 de julio se consumó la terrible iniquidad; por segunda vez en pocos años Roma vió por la noche traidoramente arrancado de su seno á su Pontífice querido.

Pio VII, á quien el general Radet habia exigido la abdicacion de la soberanía temporal, se vió preso, cautivo y arrebatado del seno de su pueblo, por haber dicho un *non possumus* irresistible.

Diez años habian transcurrido desde que su augusto antecesor habia devorado las amargas del cautiverio, y sobre las huellas santas de aquel mártir, Pio VII recorria la senda del sacrificio.

Por todas partes el pueblo atestiguaba la ferviente piedad que á la Santa Silla profesaba; muchedumbres llenas de celo se esforzaban en arrebatár al Papa de manos de sus carceleros. En Mondovi las Órdenes religiosas salieron procesionalmente al encuentro del Padre Santo; en Grenoble, la guarnicion de la inmortal Zaragoza española, que se hallaba allí prisionera de guerra, se presentó en cuerpo ante Su Santidad, y de rodillas á una voz impetró la bendicion del Vicario de JESUCRISTO.

Así el Papa cautivo y el pueblo cautivo; pueblo y Papa víctimas de una misma tiranía, se encontraron por permission de Dios en el camino de la amargura. El cielo quiso premiar el valor, las virtudes, el heroismo de los soldados zaragozanos disponiendo las cosas de manera que pudieran recibir una bendicion apostólica, dada con una solemnidad especial, la solemnidad del cautiverio pontificio.

Aviñon recibió al Papa con un cántico universal de *hosanna*; las poblaciones de los alrededores se precipitaron como torrentes á la capital, anhelosas de saludar al Ungido del Señor; las puertas de la ciudad se cerraron, y á duras penas pudieron los guias de Pio VII abrirse paso entre las muchedumbres expectantes.

Aix reprodujo el espectáculo de Aviñon. La Provenza entera suspendió los trabajos y el comercio al saber que pisaba su suelo el Pontífice romano. Niza tampoco desmintió su fe; cien mil personas esperaron, la rodilla en tierra, junto al puente de Var, la llegada del triunfante cautivo.

Napoleon empezó á convencerse de una verdad que habia negado en el

fondo de su alma, esto es, la existencia de una gloria independiente de las batallas. No había comprendido que se puede ser desgraciado y querido; no admitía la posibilidad de la popularidad y del cautiverio simultáneos.

Y sin embargo veía levantarse al lado de su gloria soberana la gloria del objeto de su saña impremeditada, de su persecucion brusca.

Las grandes escenas desplegadas por los pueblos italiano y francés durante el cautiverio de Pio VII encendieron en el Emperador el deseo de una alianza aparente con el Jefe de las conciencias. Á pesar de la audacia de su carácter, no se sentía con fuerza suficiente para declarar guerra abierta á la humanidad cristiana.

Para dar á conocer al pueblo que el cautiverio de Pio VII era motivado por cuestiones puramente políticas, se propuso obtener las letras apostólicas concediendo la institucion canónica á los sacerdotes nombrados para llenar las sillas episcopales vacantes.

Muchas gestiones directas é indirectas hizo el Emperador para obtener aquel resultado; á una carta del cardenal Caprara Pio VII contestó con otra que revela la fortaleza de su espíritu, y es la mas contundente vindicacion de la negativa constante sostenida contra las imperiales pretensiones.

«Despues, decia Su Santidad, despues de haberse permitido el Emperador tantas innovaciones puestas en el órden religioso, contra las que en vano Nos hemos protestado; despues de las vejaciones ejercidas sobre tantos dignos eclesiásticos de nuestros Estados; despues de la deportacion de tantos obispos y de la mayor parte de nuestros cardenales; despues del encarcelamiento del cardenal Pacca en Finistrella; despues de la usurpacion del patrimonio de san Pedro; despues de habernos visto Nos mismo asaltado á mano armada en nuestro propio palacio, transportado de ciudad á ciudad tan estrechamente vigilado que los obispos de muchas diócesis, por las que hemos pasado, no han podido ni siquiera saludarnos, y casi nunca hablarnos sin testigos; despues de tantos y tamaños atentados sacrílegos y de otra multitud de hechos, que seria largo contar, anatematizados por los concilios generales y por las constituciones apostólicas, ¿hemos hecho nada mas que obedecer á los concilios y á las mismas apostólicas constituciones, como reclamaba nuestro deber? ¿Cómo, pues, podríamos hoy reconocer en el autor de tantas violencias el derecho en cuestion y dar nuestro beneplácito para que lo ejerciera? ¿podríamoslo Nos sin hacernos reo de prevaricacion, sin colocarnos en contradiccion abierta con Nos mismo, y sin dar pié á creer, con escándalo de los fieles, que abatidos por los males que sufrimos, y espantados ante la perspectiva de los peores que nos amenazan, Nos somos bastante débiles para hacer traicion á nuestra conciencia y aprobar aquello que debemos proscribir? Pesad estas razones, señor cardenal, no en la balanza de la prudencia humana, sino en la del santuario, y reconoceréis su fuerza...

«...Si el Emperador quiere verdaderamente la paz de la Iglesia católica, empiece por reconciliarse con su Cabeza; renuncie á llevar adelante estas funestas innovaciones, contra las que no cesamos de reclamar; devuelva la libertad á Nos, á nuestra Silla y dependientes; restituya las propiedades que forman, no nuestro patrimonio, sino el de San Pedro; coloque otra vez en la cátedra de Roma á su Pastor; devuelva á nuestro lado los cuarenta cardenales que nos ha arrebatado; reintegre á las sillas episcopales los obispos desterrados, y no dude que entonces renacerá la armonía.»

No puede concebirse un lenguaje mas justo, ni al mismo tiempo un proceso mas breve y contundente contra Napoleon I, que el que se manifiesta en este documento.

Sin embargo, Bonaparte era el hombre de la perseverancia y de la astucia. La firmeza de las palabras leídas hubiera bastado á desanimar el corazon de cualquier otro hombre; Bonaparte no era como el vulgo; recibia mas valor á medida que se iba alejando la posibilidad de obtener la realizacion de su plan.

Empezó aislando completamente al Pontífice, no permitiendo se le acercaran sino aquellos prelados y estadistas imbuidos en sus maquiavélicos proyectos.

Pio VII se encontró solo, desamparado, sin consejeros de su confianza, condenado á recibir á todas horas comisiones «simuladas» de pueblos y diócesis que le pintaban la negrura del porvenir de la Iglesia si él no cedia algo. Diéronle á entender que estábamos en vísperas de estallar una persecucion inaudita; pintósele al vivo los conflictos de los fieles; expuestos al martirio los impertérritos, y los blandos á la apostasia.

El Papa, cuyo corazon angelical sentia de antemano las aficciones de sus hijos, conmovióse pensando en la responsabilidad que podia caberle si llevara un paso mas adelante de lo justo la resistencia á aquellas representaciones.

Despues de un combate terrible entre sus sentimientos humanitarios y su conciencia pontificia, creyó que la conciencia quedaba al abrigo de la responsabilidad cediendo, para evitar las pavorosas escenas que como inevitables se le acababan de pintar.

Convino, pues, el Papa en conceder las bulas de institucion á los obispos bonapartistas, y en extender el Concordato de 1801 á las iglesias de Toscana, Parma y Placencia.

Ningun país del mundo ha sido teatro de padecimientos morales comparables con los de Pio VII en Savone. ¡Qué martirio el de un hombre colocado en el aislamiento mas absoluto, solo rodeado de adversarios y sospechosos, y que, sin embargo, una palabra suya puede envolver al mundo en una catástrofe!

Pio VII se sintió vivamente agitado despues de hechas las concesiones.

Napoleon I, al saber el éxito de la comision que habia obtenido del Papa promesas tan importantes, extendió un decreto convocando un concilio nacional en París, decreto que fue presentado á Pio VII para su aprobacion.

Algunos cardenales sobornados por el imperio constituian una especie de Consejo que creaba atmósfera al rededor del Pontífice para facilitar las concesiones pretendidas. El cardenal Revarella era uno de los miembros mas activos de la seccion del colegio apostólico que podemos calificar de antiromana.

Gracias á los manejos de los imperialistas, el Papa cedió á la exorbitante pretension de que aprobara el decreto convocatorio del concilio de París, en el que debian tener asiento los obispos tan anticanónicamente nombrados, bien que subrepticamente confirmados.

Sin embargo, Napoleon seguía abrigando el intento de transformar el Con-

cordato por medio de las leyes orgánicas. Paso delicado, cuya importancia excedía á todos los hasta entonces dados con éxito.

Reservándose en su despacho la cuestion del concilio de París, Napoleon trató de ir madurando lo que él calificaba en sus confidenciales conversaciones de *debilidad del Papa*.

En 1812 Pio VII recibió orden de trasladarse á Fontainebleau. En la cumbre del monte Cenis el agosto anciano enfermó; su existencia llegó á inspirar serios temores, hasta el punto de administrársele el santo Viático.

No obstante, el viaje no fue suspendido. El Papa moribundo era arrastrado en incómodo carruaje por senderos difíciles, en los que no exhaló el último suspiro porque el Señor le tenia reservados dias de gloria extraordinaria.

El dia 20 de junio Fontainebleau recibió al ilustre cautivo.

Llegado á su nueva cárcel, que esta vez era alcázar opulento, el Emperador dió al Obispo de Nantes la orden de preparar el ánimo del Pontífice. El mismo Napoleon acompañado de María Luisa se trasladó á la prision de Pio VII; se arrojó á sus brazos, besó su mano y sus mejillas, y se manifestó profundamente conmovido ante los males que amenazaban á la Iglesia.

Jamás la hipocresía se revistió de tan repugnante cinismo como en Bonaparte durante sus conferencias con Pio VII.

El dia 25 de enero de 1813, prévia consulta de los cardenales de la situacion, Pio VII se declaró resignado á firmar algunas concesiones con el carácter de *artículos preliminares*, y con la condicion de quedar en secreto semejante concesion.

La villanía mas astuta manchó aquel dia los anales ya nada limpios de las negociaciones diplomáticas.

Pio VII en aquel dia firmó la abdicacion de su soberanía romana.

Convino en residir la mayor parte del tiempo en el lugar de Francia que le pareciera mas oportuno al Emperador.

Concedió á los metropolitanos el derecho de confirmar los nombramientos de los arzobispos y obispos nombrados por el Emperador, si el Papa no los habia instituido y confirmado dentro del plazo de seis meses.

¡Enormes concesiones! ¡Triste situacion la del Papa que habia sucumbido á las intrigas que para arrancárselas se habian urdido!

Á pesar de haberse convenido que la estipulacion tendria el carácter de reservada, Napoleon la publicó inmediatamente para evitar sin duda que el Papa retrocediera del camino peligroso en el que se le iba introduciendo.

Empero no bastó la publicacion del acuerdo; al contrario, el grito universal de reprobacion arrancado por la indignacion de todos los hombres honrados llegó á oidos de la augusta víctima; algunos cardenales fieles á los intereses de la Iglesia romana pudieron penetrar hasta á la presencia de Su Santidad. Pio VII se convenció al oírlos de que no sin fundamento su conciencia se hallaba turbada despues de haber cedido.

Recobrada la libertad de espíritu, que es la primera y la mas trascendental de las libertades, Pio VII tuvo valor de escribir á Napoleon I una carta de retractacion, en la que con sencillez admirable y edificante franqueza explica la situacion de su alma despues de haber puesto la firma á las insostenibles concesiones:

«Señor, dice en ella, ... impulsado por el deber, con la sinceridad y la fran-

queza propias de nuestra dignidad y de nuestro carácter, declaramos á V. M. que desde el 25 de enero, fecha de nuestra firma de los artículos que debian servir de base al tratado definitivo á que allí se alude, los mayores remordimientos y el arrepentimiento mas vivo no han cesado de despedazar nuestro corazon, que no puede encontrar ni paz ni descanso...

«Una sola idea moderaba nuestra aficcion; era la esperanza de remediar, por el convenio definitivo, el daño que acabábamos de hacer á la Iglesia firmando estos artículos. Mas ¿cuán profundo no debió ser nuestro dolor cuando, con sorpresa nuestra, á pesar de lo estipulado entre ambos, hemos visto publicado con el título de Concordato unos artículos que no eran sino las bases de un arreglo futuro? Gimiendo en lo mas profundo de nuestra alma en ocasion del escándalo dado á la Iglesia por la publicacion de dichos artículos, convencidos de la necesidad de repararlo, solo por prudencia, solo para evitar la precipitacion en tan capital negocio nos abstuvimos de manifestar inmediatamente nuestros sentimientos y de hacer nuestras reclamaciones...

«En presencia de Dios, ante el cual pronto deberémos rendir cuenta del modo como hemos ejercido la autoridad de que nos revistió, haciéndonos vicario suyo para gobernar su Iglesia, declaramos, con toda sinceridad apostólica, que nuestra conciencia se opone invenciblemente á la exencion de los artículos contenidos en el escrito del 25 de enero. Reconocemos con dolor y confusion que no seria para *edificar*, sino para *destruir*, para lo que usaríamos de nuestra autoridad si tuviéramos la desgracia de ejecutar lo que imprudentemente prometimos, no con ninguna intencion mala, que de esto Dios nos es testigo, sino por la debilidad, como ceniza y polvo que somos.

«Con ocasion al escrito firmado por nuestra mano, recordamos á V. M. las mismas palabras que nuestro predecesor Pascual II dirigió en su breve á Enrique V en favor del que habia otorgado tambien una concesion que con justo título excitaba los remordimientos de su conciencia; Nos repetirémos con él: «Reconociendo nuestra conciencia que nuestro escrito es malo, Nos lo confesamos malo; y con la ayuda del Señor deseamos que sea inmediatamente «rasgado á fin de que no resulte de él perjuicio ninguno á la Iglesia ni á «nuestra alma.»

Pio VII echó en este documento una atenta ojeada sobre los artículos convenidos, haciendo notar lo indispensable que era modificar unos y anular otros, puesto que muchos contienen insostenibles injusticias.

Pio VII repartió en Fontainebleau una *alocucion* fechada el 24 de marzo del mismo 1813, en la que notificaba al sacro Colegio la anulacion del acta de enero, y su carta escrita en este sentido al Emperador.

Despues de este acto reparador Pio VII encontró la paz del alma, que habia perdido; posible era que la ira del Emperador fuese fatal á sus intereses particulares y personal bienestar; pero su conciencia, libre ya, preferia todas las vejaciones materiales á la mordedura de su conciencia, que dia y noche protestaba en nombre de la Religion divina y hasta del decoro humano.

El Papa radiante de satisfaccion esperaba el martirio.

Napoleon, despues de algunos desahogos que le eran característicos ante cualquier obstáculo que se levantara contra la realizacion de sus proyectos, obró como si no hubiera recibido la carta de Pio VII.

Dos decretos fueron publicados con posterioridad á la anulacion del tratado: el uno declarando ley del imperio el *concordato*, así lo calificaba, de Fon-

tainebleau; el segundo declarando al mismo concordato extensivo á todos los arzobispados, obispados y capítulos del imperio en Italia.

Pio VII protestó por medio de una alocucion enérgica.

Trazas tenia de perpetuarse el cautiverio de Pio VII, cuando el Dios de los ejércitos determinó eclipsar la estrella de la prosperidad de las armas napoleónicas. Las desgracias de Napoleon en Rusia abrieron las puertas del cautiverio del Pontífice, que voló hácia Roma, donde fue recibido con transportes de entusiasmo. El dia 24 de mayo de 1814 Pio VII bendijo otra vez al pueblo romano.

Cuando Luis XVIII se halló algo sólidamente constituido en el trono francés, despues de la doble caida de Napoleon I, Pio VII se ocupó sériamente de la reforma administrativa de sus Estados.

Por el *motu proprio* de 1816 prometió un código civil, un código penal, un código mercantil y un código de procedimientos, conforme á las justas exigencias de los tiempos, cuyas circunstancias inutilizan á veces unas medidas antes ineficaces, y reclaman como indispensables otras que antes hubieran sido inútiles.

Obra de Pio VII fue el concordato francés de 1817; obra suya el concordato con el Piamonte; obra suya el convenio con la Rusia, relativo á los negocios religiosos de la Polonia.

En fin, no cesó de dar pruebas evidentes de celo é inteligencia en el gobierno del Estado, hasta el último dia de su vida, que fue el 6 de julio de 1823.

Tal es, en resúmen, la vida del ilustre Pontífice, cuyos ejemplos y consejos, cuya benevolencia y autoridad ejercieron digna influencia en la historia del que es hoy su inmortalizado sucesor.

La divina Providencia dispuso que los dos primeros papas que se ofrecieron á la vista de *Juan María Mastai* estuvieran revestidos de cualidades extraordinarias, sin duda para que la dignidad pontificia, á la que el cielo le tenia predestinado, se le presentara en toda su grandeza.

El martirio de Pio VI excitó en él un sentimiento del respeto mas profundo; el lenguaje del sacrificio es bastante elocuente para que lo entiendan hasta los niños; pero de Pio VII pudo ya el experto infante reconocer los mas minuciosos detalles de su talento y santidad.

La augusta madre de *Juan Mastai* habia adelantado por sí misma la educacion de su tierno hijo: el temor de Dios y el amor á su Iglesia y á su patria fueron las bases en que cimentó la cultura de su espíritu; *Juan María* era un perfecto católico en sus ideas, en sus sentimientos y en sus costumbres. La familia creyó llegada la hora de abrirle las puertas de la escuela.

Corria el año cuarto de nuestro siglo, que era el duodécimo de la vida del egregio niño, cuando sus padres resolvieron enviarle á uno de los mas célebres colegios de la Toscana, establecido en Volterra, cuyo profesorado se distinguia por el talento y la integridad.

No eran aquellos tiempos mas á propósito para el tranquilo estudio; el sobresalto estaba en todos los ánimos, porque las instituciones y los pueblos se hallaban bajo la amenaza del hombre que, despues de haber dominado la anarquía de las masas, imponia el yugo de su despotismo á los Gobiernos.

Los corazones sinceramente cristianos naturalmente debian sufrir ante la perspectiva de las persecuciones de que era blanco el Pontificado. Mientras

Pio VII estaba alejado de su familia á causa de su carrera literaria, doble amargura llenó la copa de su corazon sensible. La invasion de Sinigaglia, su patria, por los franceses; el cautiverio del Pontífice romano.

Empero el sentimiento del deber dominaba de tal manera el espíritu de *Juan María*, que sabia encontrar recogimiento para la aplicacion en aquel agitado período de la historia de su Iglesia, de su familia y de su patria.

Rápidos fueron los progresos científicos que hizo, en términos que su ilustracion y prematuro talento llamaron vivamente la atencion del comisario imperial de la universidad de Francia, en la visita de inspeccion al colegio librada; porque ya en aquella época la Francia dominaba completamente á la Italia. El ilustrado inspector, al medir la profundidad de las contestaciones y la sutileza de las observaciones del distinguido alumno, no pudo menos de decir al director del establecimiento: «Esta es la mejor joya del colegio; hé «ahí un jóven que por poco favorables que le sean las circunstancias irá muy «léjos.»

No se equivocó el perspicaz inspector; el discípulo de Volterra ha llegado tan léjos, que muchos años hace que es ya el maestro del mundo.

Seis años duró la permanencia del jóven Mastai en Volterra, seis años de estudios sostenidos y profundos, seis años que bastaron á ponerle al corriente de los diversos ramos de las ciencias humanas, indispensables para la digna cultura de la inteligencia.

Su mision en Volterra terminó el año 1810; contaba entonces la edad de diez y ocho años.

Salió del colegio en aquella edad en la que debia escoger entre las muchas carreras en que el hombre puede servir á Dios y á la sociedad.

Naturalmente dos caminos se abrian dignos de su predileccion; el de las armas y el del santuario.

Los hombres de cierto temple están llamados á sostener un combate; porque el combate equivale siempre á una defensa, y el que abundancia de fuerzas ha recibido justo es que las consagre á defender los intereses sociales y la armonía entre ellos deseada y establecida por Dios.

El sacerdote y el soldado son los hombres del combate: combate este por la conservacion del orden político y de la justicia social en el campo de los hechos materiales; combate aquel contra los vicios y los desórdenes morales, que, llevando la perturbacion á las conciencias, siembran el tumulto y la conmocion en los pueblos, y que alejando el espíritu del hombre del espíritu de Dios, quitan al edificio social la clave, que con suave presion conserva la armonía en el conjunto de sus elementos.

El sacerdote y el soldado tienen, pues, por mision establecer la paz y el orden por medio de la lucha, que no sin ella puede conseguirse librar al espíritu del hombre de las pasiones que le asechan, y purgar la faz de la tierra de los elementos disolventes que la afean.

El jóven Mastai Ferretti, dotado de extraordinarias cualidades de ánimo, sentíase llamado á emprender un camino influyente. ¿Cuál habia de ser este?

La Providencia, que todo lo dispone con admirable suavidad, quiso cerrar la entrada de uno de ambos caminos, que correspondian al esfuerzo de su ánimo, enviándole una enfermedad terrible y peligrosa, que puso fuera de discusion la superioridad de sus elementos morales é intelectuales sobre los materiales.

El estudio y precoz desarrollo de su corazón y de su inteligencia debilitaron de tal manera su sistema nervioso y menguaron las fuerzas de su cuerpo, que los mejores médicos de su país no pudieron disimular los serios temores que les infundía la existencia del joven Mastai.

Lo crítico de la edad, el prodigioso uso que de sus fuerzas había hecho para el estudio, el desequilibrio que se había establecido entre su espíritu y su sangre, habían cautivado de tal modo su cuerpo, que ya puede decirse arrojaba la existencia como pesada cadena.

¡Quizá de aquel triste accidente se valió Dios para inclinar más su ánimo hacia el santuario, donde tan gloriosos destinos le guardaba!

De todos modos, el joven Mastai acudió á la oración y al consejo de los hombres probos, para encontrar la luz que necesitaba, á fin de resolver con acierto el asunto de la vocación, que es siempre el problema más tremendo que el hombre está llamado á resolver.

Su noble familia estaba cordialmente relacionada con Pio VII; así es que le fue fácil llegar al pie de su augusto solio para pedirle la luz de que su alma tan necesitada se hallaba.

Pio VII acababa de regresar de Fontainebleau: fresca aun en su mano estaba la palma de la más providencial victoria que hombre alguno ha alcanzado; Roma entera disfrutaba de la plenitud de la satisfacción por el triunfo de la Iglesia; el Papa recibía las felicitaciones cordiales de las notabilidades romanas, cuando por primera vez el joven Mastai pisó los santos umbrales del Vaticano y compareció ante el venerable confesor de la fe que presidía la universal Iglesia.

Su misión era felicitar al Papa y consultarle.

El consejo de Pio VII fue que, sin descuidar su salud quebrantada, empezara á encaminar sus pasos hacia el altar, desde el que podía servir de mucho á la gloria de Dios y al bien de los hermanos.

Nunca fue, pues, cuestión decidida para el joven Mastai emprender la carrera de las armas; nunca perteneció, ni pretendió pertenecer á la milicia, como algunos de sus biógrafos afirman; la debilidad de sus fuerzas, su enfermedad peligrosa hubieran sido obstáculos suficientes hasta para intentarlo, aunque no le hubiese predominado desde la juventud la idea de abrazar el sacerdocio.

El objetivo de la visita á Pio VII parece que fue obtener la bendición de Su Santidad para el restablecimiento de su salud, y su consejo para el caso de alcanzar el ansiado restablecimiento, sobre la posibilidad de emprender decididamente la carrera eclesiástica.

Eran los días en que la Europa libre del azote napoleónico echaba las bases de un acuerdo para afianzar el orden y la paz, cuando, impulsado por las indicaciones de Pio VII y la solicitud tierna de la condesa Mastai, el joven *Juan María* encaminó sus pasos hacia Loreto, augusto santuario de la Madre de Dios, que por conservar el modesto tugurio, por el que entró la salud del mundo, con la encarnación del Verbo, es el lugar privilegiado donde van en busca de salud y la encuentran muchos desvalidos.

En aquella casa, en la que descendió de los cielos, *propter nostram salutem*, según canta la Iglesia, el Verbo de Dios, el joven Mastai fué á postrarse y á consagrar, ó mejor, á renovar la consagración que su Madre había hecho á la Virgen de su vida corporal y espiritual.

Importante voto que pudo ser mas trascendental para la salvacion del mundo que los importantes consejos que estaban celebrando los soberanos de Europa; pues ¿qué resta ya de sus acuerdos? ¿qué consistencia han tenido sus resoluciones? ¿Cómo se ha conservado el espíritu de concordia que juraron les habia reunido? Hoy los tratados solemnes del año 1815 no son sino vago recuerdo de una escena histórica.

Y sin embargo el voto de Loreto trasciende todavía y trascenderá en la marcha del mundo.

Si la visita del jóven Mastai á María volvió mas propicia á la que es invocada como *salud de los enfermos*, é inclinó con ella la conservacion de su salud, ¿quién podrá medir la importancia de aquel acto, imperceptible á los ojos de los grandes políticos? ¿Hubiera otro Papa desarrollado el magnífico plan de gobierno que Pio IX desarrolló? ¿Hubiera sido tan feliz que le igualara en actividad, en celo, en heroísmo? ¿Hubiera creído oportuno adoctrinar, sobre todas las cuestiones, las de orden secundario y las de orden fundamental? ¿Hubiera reanimado la piedad con el dogma de la Concepcion Inmaculada, el valor cristiano con la celebracion solemne del aniversario del martirio de san Pedro? ¿Hubiera otro tenido valor para reunir la Iglesia universal frente á frente de la universal incredulidad y oposicion, examinando las mas pavorosas cuestiones, dilucidándolas, defendiéndolas á la luz del criterio católico mas perfecto? Dificil tarea, y podemos decir tarea imposible, á no mediar especiales cualidades por el cielo extraordinariamente concedidas.

La salud del jóven Mastai interesaba á la gloria de la Iglesia, sin que de ello el mundo se apercebiera.

Tiernos sentimientos excitan en verdad el cuadro que presenta á la imaginacion el recuerdo del jóven agostado, prematuramente decrepito, que, avanzando con la lentitud que es el compás natural de la tisis hácia el trono de la Madre de Dios, le ofrece una vida en la que han de apoyar con el tiempo la vida de la justicia y de la virtud tantos millares de almas; interesa contemplar de rodillas, confundido con el vulgo de los peregrinos, el jóven que ha de ver postrado de rodillas á sus plantas el mundo; ¡con qué fe rogaria á la Virgen el que la amaba tanto, que cuando revestido de la autoridad soberana le consagró el mas glorioso de sus títulos, y con qué cariño inclinaria la Virgen el oído hácia el jóven que tanta gloria en la tierra debia tributarle!

¡Qué oracion mas fervorosa la del hijo! qué solicitud mas eficaz la de la madre!

La fe, cuya fuerza alcanza hasta trasladar las montañas, llevó al corazon del jóven *Juan María* el aliento mas eficaz; la oracion, que salia de su alma y se elevaba hasta el trono de la Reina de los cielos, volvia á descender como un sobrenatural rocío sobre su pecho lacerado; la plegaria al salir se transformaba en bálsamo que se derramaba sobre sus heridas y las curaba.

Al regresar de su peregrinacion á Loreto (1) Mastai Ferretti se sintió robusto para emprender su peregrinacion al templo.

(1) El santuario de Nuestra Señora de Loreto es uno de los mas venerados en el mundo cristiano. ¿Y cómo no, cuando fue el lugar donde se verificó la encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la santísima Virgen María? Creemos oportuno dar algunas noticias acerca de tan venerando lugar. Luego que JESUCRISTO subió al cielo cumplida su divina mision de redimir á la humanidad, su purísima Madre, abandonando la ciudad deicida, se retiró á su casa de Nazaret, donde era visitada por los Apóstoles y primeros seguidores de la ley evangélica, y asistida con el mayor esmero por el evangelista san Juan, discípulo

Hermoso fue el auspicio en que empezó su eclesiástica carrera el joven conde.

Una cualidad exquisita distinguía el carácter de Pro IX ya en su juventud; es la nobleza y sensibilidad de su corazón. Jamás hombre alguno ha llevado tan allá el espíritu del sacrificio y la protección dispensada á los desgraciados.

La brillante posición social que su casa ocupa hubiera sido en otro un óbice para penetrar todos los horrores del hombre condenado á las privaciones.

Juan María desde su infancia se dedicó á estudiar una ciencia que debería ser siempre la ciencia de los poderosos. Para él la miseria era una escuela; en la escuela del pobre aprendió la excelsa sabiduría de la caridad.

Sin duda la terrible enfermedad que sufría reconoció entre otras causas su sensibilidad extraordinaria. En épocas de grandes calamidades los corazones delicados sufren una verdadera tortura.

Prolongada la sufrió el alma de Mastai viendo tantos compatriotas suyos gemir en la desgracia, sin que bastaran los recursos de la munificencia individual á aliviar las necesidades hechas generales.

Caritativo por carácter y por educación, el joven Mastai quiso, al mismo

amado de su divino Hijo. En esta santa morada instruía la Maestra de la naciente Iglesia á los que movidos por las predicaciones de los Apóstoles abrían sus ojos á la luz de la verdad, reconociendo como verdadero Dios al que había muerto con la nota de infamia en el patíbulo de la cruz, acogiendo al arca misteriosa de la Iglesia santa, para ser libres del terrible naufragio de los errores. En esta misma casa murió la santísima Virgen, y de ella la arrebataron los Ángeles para conducirla al cielo. Son varios los autores que afirman que en vida de la augusta Señora, que mereció única y sin segunda unir al candor de la virginidad las delicias de la maternidad, aquella casa fue convertida en iglesia por el Príncipe de los Apóstoles, el cual celebraba en ella el incruento sacrificio de la misa y daba la Comunión á la Madre de Dios, razón por la cual el altar que aun subsiste en la misma casa se denomina *Altar de san Pedro*. Por espacio de mas de dos siglos permaneció la santa casa en el mismo estado en que se hallaba al verificarse el tránsito de la santísima Virgen.

Cuando, merced á la conversión del emperador Constantino, la Iglesia salió triunfante de las catacumbas, la gloriosa santa Elena, que profesó extraordinaria devoción á los lugares donde se verificaron los misterios de la Redención, y que tuvo la dicha de encontrar el leño sacrosanto de la cruz, decoró con régia magnificencia la casa de la Virgen María, convirtiéndola en santuario, y mandó colocar en su fachada principal esta inscripción: *ESTA ES EL ARCA EN LA CUAL SE PUSO EL FUNDAMENTO DE LA SALUD DEL HOMBRE*. Desde los primeros tiempos del Cristianismo fue la santa casa de la Virgen objeto de gran veneración. San Jerónimo habla de ella, y dice que tenía dos iglesias, una en el lugar donde se presentó el Ángel á anunciar á María el gran misterio de la encarnación del Verbo, y la otra en la que JESUCRISTO fue criado.

¿Cómo se halla hoy en Italia la casa ó santuario de que nos ocupamos, habiendo sido edificada en Nazaret? Vamos á explicarlo con la brevedad posible. En el año 1291 Nazaret cayó en poder de los infieles como toda la Palestina, quedando por lo tanto la santa casa expuesta á las profanaciones de los sarracenos. Dios en su altísima providencia quiso evitarlo, y aquel venerable edificio fue milagrosamente trasladado desde Nazaret á Tersato, que es un lugar de la Dalmacia. Este prodigioso acontecimiento tuvo lugar el 9 de mayo del citado año 1291. El hecho resultó indudable despues de practicadas las mas minuciosas averiguaciones. Los fieles de Tersato, que llenos de regocijo acudieron á visitar la casa, despues que Alejandro, pastor espiritual de aquel lugar, les hubo manifestado la revelación que del hecho había tenido hallándose á las puertas de la muerte, y el beneficio que había recibido al mismo tiempo de obtener repentinamente la salud para que pudiese anunciarlo, hallaron en el venerable edificio un altar con una imagen de JESUCRISTO crucificado, y en un nicho de la pared una efigie que representaba la santísima Virgen María con el Niño Jesús en los brazos, habiendo manifestado el piadoso Alejandro que aquellas imágenes habían sido hechas por san Lucas.

Tres años y nueve meses hacia que los habitantes de Tersato poseían aquella alhaja de valor inapreciable, cuando levantándola los Ángeles nuevamente, y atravesando con ella por los aires sobre el mar Adriático, la condujeron á la comarca de Ancona, colocándola en una selva á corta distancia de la ciudad de Recanete, que era posesión de una noble señora llamada Laureta, motivo por el cual vino á llamarse aquel famoso santuario de Nuestra Señora de Loreto, cuyo nombre conserva. Cuatro millas de distancia había desde donde fue coloca-

tiempo que se consagraba á las investigaciones teológicas, aprender á ejercitarse en la virtud que debe ser inseparable del sacerdote cristiano; el socorro de los desvalidos, la santa caridad.

Establecióse para ello en Roma.

Roma es la ciudad de la beneficencia; parece que el Cristianismo ha querido lavar las manchas que impresas le dejara la tiranía y el egoísmo de los imperios gntílicos; allí donde la esclavitud fue sancionada y canonizada, la misericordia recibe un culto multiforme y constante.

No hay sufrimiento que no tenga allí su consuelo elevado á institucion; no hay allí gemidos aislados; el ¡ay! del pobre, del enfermo, del huérfano encuentra ecos cien veces repetidos en otros tantos corazones que han adoptado por lema característico de la vida esta palabra del amor de JESUCRISTO inspirada á Pablo: *Sufro con los que sufren.*

El catálogo de un libro tan vulgar como *La guia de Roma* es una página elocuentísima, en la que se revela el genuino espíritu de la ciudad de los Papas.

El hospital del Espíritu Santo.

da la casa hasta Recanete; mas, como quiera que fuese tñn crecido el número de fieles que de todas partes acudian á visitar aquel santuario, empezaron á edificar casas á su alrededor hasta que llegaron á formar una ciudad llamada tambien Loreto. Esta segunda y última traslacion de la casa de la Virgen tuvo lugar el 10 de diciembre de 1294. Catorce días despues subió á ocupar la cátedra de san Pedro el papa Bonifacio VIII. Los Sumos Pontífices, que han rivalizado en el cielo por el mayor esplendor de aquel lugar, han procurado tambien enriquecerle, dotando un número de sacerdotes para que diariamente ofrezcan en él el santo sacrificio de nuestros altares, habiendo al mismo tiempo penitenciaros de diversas naciones, para que puedan oír en confesion á los naturales del país y á los extranjeros que soliciten purificar su conciencia en tan venerable santuario, siendo innumerables las gracias espirituales que benignamente han concedido á los que visitaren la santa casa lauretana, y á los que en ella recibían los santos sacramentos de la Penitencia y Comunión. Á los sacerdotes toca el aseo y limpieza del santuario, y el polvo que recogen del lugar donde se verificó la encarnacion del Hijo de Dios lo colocan en papeles en los cuales hay grabada una lámina que representa aquella santa casa, y perfectamente cerrado lo distribuyen entre los peregrinos y demás viajeros que la visitan.

Á este santuario acudia á orar fervorosamente, como arriba se dice, el inocenté jóven predestinado por Dios para regir un día el timon de la nave de la Iglesia, el Pontífice que por mas tiempo habia de ocupar la Santa Sede, el que habia de colocar en la corona de la Virgen sin mancilla la piedra de mas valor declarando dogma de fe el misterio de su Concepcion en gracia, el ángel del siglo XIX, columna inquebrantable de la justicia y el derecho, el grande é inmortal PRO IX, tan extraordinaria y justamente amado del mundo católico. Allí, en el mismo lugar donde la humildísima Virgen que se decia esclava del Señor fue elevada y engrandecida sobre toda criatura, y elevada á una dignidad cási infinita por el respeto que dice al órden hipostático, el jóven Mastai Ferretti se fortaleció en ese amor y esa devocion extraordinaria que siempre ha profesado á la Reina del Amor hermoso y de la santa esperanza, á aquella por quien han tenido fin todas las herejías, y por cuya mediacion la Iglesia espera un nuevo y próximo triunfo en sus actuales tribulaciones.

Dirémos para terminar que el papa Sixto V instituyó una Orden de caballeros con el título de Nuestra Señora de Loreto en 1586, concediendo á sus individuos como distintivo una medalla de oro, en cuyo anverso se veía la imágen de la santísima Virgen de Loreto, y en el reverso las armas de aquel Pontífice. Concedióles muchos privilegios, y entre ellos el de poder dejar á sus herederos las pensiones que les fuesen concedidas, de las cuales pudieran disfrutar por espacio de tres años, volviendo despues de este tiempo á la Cámara apostólica. Ordenó que estos caballeros fuesen comensales del Papa, y que sus hijos primogénitos tuviesen la cualidad de condes de Letran. Estos caballeros, cuyo número se fijó en un principio en doscientos, podían casarse, estaban exentos de todo impuesto, y en ausencia de príncipes ó embajadores podían llevar el pábulo del Pontífice. Sus obligaciones eran hacer la guerra á los corsarios que infestaban los alrededores de la Marca de Ancona, perseguir á los ladrones y custodiar la ciudad de Loreto. Esta Orden ha sido suprimida, y aunque todavía hay en Roma caballeros lauretanos, no son otra cosa que oficiales de la cancellería, como los caballeros de san Pedro y de san Pablo.

- El hospital para los suizos, alemanes y flamencos.
- El hospital del *Sancta Sanctorum* para enfermos crónicos.
- El hospital de los *Hermanos, haced bien*.
- El hospital para las enfermedades cutáneas.
- El hospital de los incurables.
- El hospital de la Virgen de la Consolacion para los heridos.
- El hospital de San Roque para las mujeres *in partu laborantibus*.
- El hospicio apostólico de San Miguel, donde se cobija á los huérfanos aprendices en diferentes artefactos.
- El hospicio de San Galo, refugio nocturno de los pobres sin hospedaje.
- El hospicio para los huérfanos desvalidos, llamado de Santa María *in aquiro*.
- El hospicio de los portugueses.
- El hospicio de los pobres polacos.
- El hospicio de la Santísima Trinidad para los peregrinos.
- El hospicio de los religiosos armenios.
- El hospicio de los religiosos basilios.
- El hospicio de los ermitaños descalzos españoles.
- El hospicio de los religiosos menores conventuales de la provincia romana.
- El hospicio de los pobres de la piadosa sociedad de las misiones.
- El hospicio de los trinitarios descalzos italianos.
- El hospicio de los trinitarios castellanos.
- El hospicio de refugio ó perseverancia de las doncellas pobres.

Verdaderamente Roma demuestra ser la patria del género humano; en ella tienen casa propia los peregrinos de todas las naciones, y misericordiosa cama los enfermos de todas las dolencias; la Religion extiende sus protectoras alas sobre todos los que de amparo se hallan indigentes. Sobre la puerta principal de Roma podria grabarse con toda propiedad esta inscripcion ú otra parecida:

VENID Á MÍ TODOS LOS NECESITADOS Y HUÉRFANOS, Y YO OS ALOJARÉ Y PROTEGERÉ.

El jóven Mastai sentíase llamado á tomar parte activa en la obra divinamente evangélica de la proteccion del pobre. Otros jóvenes de suposicion hubieran deseado trasladarse á París, donde fácil les fuera sumergirse en todos los placeres de la carne y en todas las disipaciones del espíritu; él recordaba que la bienaventuranza es prometida á los misericordiosos. Se trasladó, pues, á Roma, ciudad de la misericordia, para empezar el ejercicio del sacerdocio del amor.

En el siglo pasado vivia en Roma un pobre trabajador llamado Juan Borgia. Todos los dias festivos dirigíase al hospital del Espíritu Santo para dedicarse al servicio de los enfermos. No teniendo dinero alguno que repartirles, les consolaba con dulces palabras, les rasuraba y limpiaba, prestándoles todos los oficios propios de un adicto hermano. Con frecuencia encontraba por las calles jóvenes medio desnudos y del todo descalzos expuestos á sumergirse en el abismo del vicio, vecino siempre de la ociosidad; entre los enfermos de su prédilecto hospital encontraba huérfanos desolados, sin padres ni protectores. El caritativo obrero se sentia impresionado vivamente ante el espectáculo de las desgracias de los huérfanos y de los riesgos de los vagamundos.

Para dar á unos y á otros el apoyo de su consejo y de su ejemplo, les invitaba tiernamente á pasar á visitarle en su casa, cuando hubieran obtenido la correccion. Las simpatías que naturalmente conquistaba con sus obras de

misericordia le valian el reconocimiento de sus socorridos, y su casa era frecuentada por aquella aristocracia de la miseria.

Gracias á las limosnas que él mismo recogia de algunas personas benéficas enteradas de sus ideas y nobles sentimientos, cobijaba á muchos en su hogar, les educaba y vestia, les buscaba colocaciones de aprendices artesanos en casa de algunas personas de reputacion y moralidad reconocida, abriéndoles así el camino de la honrosa subsistencia por medio del trabajo. Él mismo les enseñaba la doctrina cristiana y les acompañaba á la recepcion de los santos Sacramentos.

Su desvelo admirable fue notado luego: hombres distinguidos por su posicion y recursos le apoyaron con sus consejos y dinero; entre ellos el cardenal di Pietro, íntimo de Pio VII, compañero de su cautiverio en Fontainebleau. Aquel piadoso príncipe de la Iglesia, admirado de los angélicos sentimientos del modesto trabajador, alquiló para este y para sus protegidos un grande edificio en la *via Giulia*, señalándoles además la renta de 30 duros mensuales, con cuyos recursos pudo elevar hasta á cuarenta el número de los huérfanos amparados.

Borgi llamaba *hijos* á sus protegidos, y estos le daban con filial correspondencia el tratamiento de *padre*; de ahí que el establecimiento empezara á ser conocido con el nombre de *Tata Giovanni* (papa Juan).

Pio VII, tan humilde como generoso, tomó por sí mismo la direccion de *Tata Giovanni*, ó sea de Borgi. Declaróse entusiasta protector de su obra, y compró, para regalárselo, con dinero de su peculio el edificio que di Pietro habia alquilado. Borgi llegó á obtener la amistad cariñosa del gran Pontífice; y sus huérfanos merecian de tal manera su predileccion, que varias veces en la sacristía de San Pedro Pio VII se habia entretenido con ellos repartiéndoles medallas y dinero.

Juan Borgi no tenia grande instruccion; pero Dios le hizo la merced de que comprendiera la importancia del saber: así es que ya desde un principio procuraba con ahinco el que sus protegidos aprendieran lectura, caligrafía y aritmética, habiendo posteriormente ampliado los estudios de su albergue con los rudimentos de ornamentacion, de dibujo lineal y de geometría, conocimientos importantes para los artesanos. Empero, ante todo y sobre todo, el anhelo de Tata Giovanni era formar los corazones de sus hijos segun los sentimientos de la mas exquisita piedad y las sólidas enseñanzas de la Religion.

Desde la época de la ereccion de aquel hospicio, venerable refugio de tantas almas y semilla de la paz de tantos hombres, quizá perdidos si no se les hubiera abierto la puerta de aquel asilo de misericordia, Roma miró con respeto la obra de uno de sus oscuros hijos, y Tata Giovanni era considerado como otro de los varones que Dios suscita de vez en cuando para ser ejemplos vivos de virtud.

Segun el reglamento de la casa, dos eclesiásticos deben cuidar de la conservacion de la disciplina entre los albergados, y la instruccion y demás cuidados la reparten sacerdotes ó legos afectos á la buena marcha del establecimiento. Un piadoso seglar tiene á su cargo presidir y administrar; es como si dijéramos la sombra de Tata Giovanni que se perpetúa por sus buenas obras.

Con aprobacion de Pio VII el jóven Mastai Ferretti entró en el hospicio de *Tata Giovanni*, para hacer entre los pobres y necesitados el aprendizaje de la caridad, virtud en la que tanta maestría debia desplegar.

No es que descuidara el cultivo de las sagradas letras. Su talento superior le daba uno de los primeros lugares en la *Academia eclesiástica*, donde profesaba la cátedra de teología el célebre Dr. Graziosi; mas de una vez el sábio profesor habia presentado como á modelo de aplicacion y provecho al estudiante Mastai Ferretti, del que llegó á decir en cierta ocasion en plena clase: *Hé aquí un jóven que tiene corazon de papa.*

Tal era el esplendor de sus virtudes y el brillo de sus cualidades.

Las delicias del jóven teólogo estaban en *Tata Giovanni*; en el cultivo de los corazones entregados á su cuidado sondeaba toda la extension de las miserias del prójimo, y se enardecia su deseo de ser útil al bien de los hermanos.

En el gran libro del infortunio aprendia la ciencia del amor, y el conocimiento del fútil carácter de la vida humana. Acostumbrado á familiarizarse con los desventurados, despegábase mas y mas cada dia su espíritu de la gloria y de la opulencia social de que le daban derecho á verse rodeado su pro-sapia, sus virtudes, su educacion y su carácter.

El noble Mastai Ferretti logró, sin que lo pretendiera, cierta popularidad entre los plebeyos; es decir, aquella popularidad de buen género que resulta de un carácter benéfico, de un corazon franco y de una generosidad desinteresada.

El celo para el socorro y asistencia de los recogidos en *Tata Giovanni*, al paso que su aplicacion á las ciencias eclesiásticas, perjudicaban su desarrollo físico; Mastai Ferretti arrastraba una existencia lánguida. Dios le conservaba su vida para que pudiera ejercer un dia la grandiosa mision que le tenia reservada; empero su vida de hoy tenia constantemente la perspectiva del sepulcro en el dia de mañana.

El amor es siempre fuego que devora á los jóvenes: cuando es el entusiasmo excitado por una pasion rastrera, consume en el hombre dos cosas: la pureza de sentimientos y la robustez física: hay frentes cruzadas de surcos muchos años antes de llegar á la estacion de las arrugas, porque la fiebre del alma ha consumido la lozania del cuerpo; las ramas del árbol se inclinan al suelo precisamente en la hora en que debian elevarse con virilidad hácia el cielo; entonces el jóven, cadáver antes que hombre, es la figura de la incontinencia ó de la exageracion de las pasiones que pasea ante la sociedad el certificado de la derrota de la vida sufrida en la batalla librada en el corazon. Ha idolatrado, y no teniendo otra víctima que sacrificar en aras de la diosa á la que ha consagrado su incienso y su culto, se ha tendido él mismo en el altar, y se ha inmolado. Su inmolation es estéril. De su amor no queda otra cosa que el recuerdo de su delirio; y si la deidad á la que se sacrificó se digna derramar algunas lágrimas sobre su tumba, desahogado ya su corazon con este tributo debido á la amistad sacrificada, se abre á la recepcion de nuevos inciensos, y quizá á la presencia de nuevas inmolationes.

De esta manera son arrancadas muchas flores del jardin social; no llegan á dar fruto, porque no saben guarecerse de los ardores del primer rayo de ese sol de las almas que se llama amor, que, si bien recibido alumbró y fecundiza, cuando se recibe sin precaucion, su herida desmoraliza, extenua y mata.

Al lado de estas víctimas estériles, otras víctimas se presentan, tambien víctimas de amor. Son los jóvenes del sacrificio voluntario en alas de la unidad divina; son los que llevados por un misterioso é irresistible impulso se resignan á inmolar sus fuerzas en provecho de sus hermanos. La vida mate-

rial significa poco para ellos; solo aspiran á la fecundidad moral que consiguen dando libre suelta á las inspiraciones del amor.

Aman á los que sufren, y así participan de los sufrimientos de aquellos á quienes aman; pues otro de los atributos del amor es la solidaridad que crea entre los dos objetos en que establece sus corrientes.

El alma lanzada á las inspiraciones de la caridad sufre siempre, porque jamás su beneficencia, por extraordinaria que sea, alcanza enjugar todas las lágrimas, ni cicatrizar todas las heridas, ni saciar toda el hambre.

Sufriendo con los que sufren, y siendo tantos los que sufren, el jóven consagrado á la caridad en corto período recibe acumulados los sufrimientos de la mas duradera existencia; envejece tambien prematuramente; empero su prematura vejez no es estéril; su amor ha sido fecundo. Derecho tiene á llamarse *Padre* de las almas que ha salvado y de los dolientes que ha arrebatado de brazos de la miseria y de la muerte.

Ante una de estas figuras víctimas de la caridad, avívase un sentimiento de respeto profundo; al jóven que le falta la vida por haber sido demasiado pródigo en derramar la vida por caridad, no se le compadece, se le venera. La tísis que nace de la misericordia es el certificado de la virilidad del alma. Estos cuerpos extenuados ostentan rodeada la frente con la auréola de la inmortalidad prometida al recuerdo de sus obras, que ha de ser glorioso.

El jóven Mastai Ferretti habia dejado extenuar sus fuerzas, no entre las delicias del gran mundo, mas en que naufragan tantos y tan bizarros pilotos, sino entre las miserias de la humanidad doliente.

Su enfermedad procedia, no de que su corazon estuviera disipado, sino de que su ánimo se sentia condolido.

Muchos de sus amigos anunciaban un desenlace funesto á la rápida decrepitud de sus fuerzas; empero él, familiarizado con el dolor, no se afectaba ante sus estragos; por otra parte, habia dejado sus dias en manos de la Virgen en Loreto, y repetia con edificacion: Mi vida no me pertenece.

Llegó la hora en que el ministro de la caridad debia elevarse al sacerdocio cristiano; las puertas del santuario iban á abrirsele, y el jóven de los sacrificios iba á ofrecer al Eterno el sacrificio incruento del altar.

Las almas preparadas por la inmolacion de todo lo que en la vida es caro en bien de los hermanos son las que mejor comprenden los elevados misterios de la Redencion por la misericordia.

El preclaro talento, aun dominando las regiones lumínicas de la teología, apenas puede darse razon suficiente del enlace de los grandes dogmas en que Dios ha querido se basara la doctrina religiosa; *porque cree habla*, no cree porque investiga; la ciencia de Dios tiene su escuela en los sentimientos del espíritu; empero, cuando el espíritu está lleno de amor, abundan en él las semillas de la demostracion de la fe; cree y ama; la fe y el amor combinados llenan de celestial resplandor el santuario de los misterios teológicos.

El hombre que en esta disposicion entra en el santuario siente toda la verdad, y el convencimiento cordial de ella inspira á sus labios palabras que la hacen sentir á los otros corazones.

Así la caridad hace del hombre buen sacerdote, y del sacerdote buen maestro, buen predicador, buen consejero.

Ama, y por lo tanto tiene el principio de los dos elementos que constitu-

yen toda la vida del ministerio sacerdotal; calor y luz, dos componentes sencillos de la sublime caridad.

El jóven Mastai Ferretti tuvo la inmensa dicha de recibir el sagrado órden del presbiterado el dia 11 de abril del año 1819.

Excusado es hablar del fervor y constancia de su preparacion; comprendia perfectamente todo lo trascendental del paso, la inmensa responsabilidad que contrae el hombre que se reviste de la mayor dignidad de la tierra, y que por un prodigio de la bondad divina obtiene hasta una especie de jurisdiccion sobre el mismo Dios.

Si á la palabra del Verbo la creacion surgió de la nada, á la palabra del sacerdote el Verbo que hizo la creacion descende del cielo, y el pan se transforma en carne viva é inmaculada. Dos profundos abismos se presentan á la consideracion del alma meditabunda; el de la soberanía del sacerdote y el de la obediencia del Verbo; ambas cosas son igualmente estupendas é incommensurables; el poder del hombre llega á sus límites posibles, la docilidad de Dios traspasa los límites concebibles. Empero, si esta docilidad encanta y entusiasma, aquel poder espanta y aterra.

El hombre que sabe que su palabra va á tener eco en los cielos siente todo el peso de su responsabilidad. Hubo Santos que no se atrevieron jamás á arrostrarla. ¡Y eran santos!

El jóven Mastai Ferretti, tan humilde como benéfico, necesitó toda la vehemencia de la vocacion divina para atreverse á dar tan importante paso.

Empero sus consejeros, su director y Dios le decian: *Adelante*. Tambien Moisés vacilaba al ser llamado por Dios, que se le presentaba en medio de una zarza ardiendo. Como el legislador del mundo antiguo se descalzó para acercarse á aquel lugar santo, el jóven Mastai, que iba á dar el primer paso en el monte del Sinaí cristiano, desde cuya cumbre hoy legisla sobre la Iglesia, se descalzó tambien de toda humana afeccion.

Sus fuerzas eran tan pocas, que, segun dicen algunos de sus biógrafos, Pio VII le impuso por condicion el que celebrara el santo sacrificio asistido de otro sacerdote.

Grande, trascendental acontecimiento el que tuvo lugar en los fastos de la Iglesia el dia 11 de abril de 1819. En aquel dia empezó á brillar en el santuario católico el sacerdote que bajo la proteccion especial del cielo debia ejercer el mas supremo magisterio en la Iglesia.

El nuevo presbítero, que habia adiestrado su alma en el ejercicio de la caridad entre los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*, quiso que aquella casa de misericordia fuese la elegida para celebrar su primera misa. En el oratorio de aquel asilo de piedad, rodeado de aquellos á quienes habia favorecido con sus consejos morales y con sus servicios materiales, rodeado de pobres, el noble sacerdote subió al altar, sencillamente adornado para el acto.

Sin embargo, si era sencillo el aparato material, ¡cuánta esplendidez se desplegaba en la sociedad que concurría á aquella solemnidad imponente! y no es que aludamos á las familias aristocráticas de Roma, que, íntimamente relacionadas con el nuevo presbítero, es de presumir tomaron parte activa en su inmensa satisfaccion; aludimos á aquella concurrencia de desvalidos que, segun una expresion elocuente, constituyen el verdadero y mas precioso tesoro de la Iglesia.

¡Cuánta riqueza moral venia envuelta en tan material pobreza!

El recuerdo de aquel cuadro no se ha borrado todavía de la imaginacion del hoy Pro IX. Cuéntase que, hará como unos diez años, el actual Pontífice preguntó á un jóven francés, recién ordenado de presbítero: Decidme, hijo mio, puesto que habeis celebrado ya algunas veces el santo sacrificio, ¿dónde dijísteis la primera misa?

Beatísimo Padre, contestó el jóven, en las criptas del Vaticano.

Bien, yo os felicito por ello, yo la dije en *Tata Giovanni*, en medio de mis queridos huérfanos. ¡Qué grato me es recordarlo!... Y vuestra segunda misa ¿dónde la celebrásteis?

En Santa María la Mayor, Padre Santo.

¡Oh! excelente idea! á propósito es aquella basilica para elevar el ánimo; tambien os felicito por ello; mas yo celebré mi segunda misa en *Tata Giovanni*, en medio de mis pobres. Y la tercera misa ¿dónde la celebrásteis?

Señor, en San Juan de Letran.

Perfectamente, en la madre de las iglesias; acertada elección; yo celebré mi tercera misa en *Tata Giovanni*; y allí mismo mi cuarta, mi quinta, y yo ya no sé cuántas en aquel asilo. ¡Qué grato me era aquel lugar! ¡Qué queridos me eran aquellos pobres! Confieso que deseaba tener la dicha que vos habeis alcanzado; empero, ¿cómo separarme un solo día de aquella mi familia en JESUCRISTO? yo era para ellos el *Tata Giovanni*.

«El santuario de *Tata Giovanni*, dice Mr. de Saint-Hermel, era para Pro IX mas bello que todas las basílicas, porque era la basilica de los indigentes.»

El jóven Mastai habia sido elevado de siervo y doméstico á la suprema clase de amigo y confidente del Señor, siendo constituido columna firmísima de la Iglesia destinada á sostener su doctrina, sus virtudes y su gloria (1). Suficientemente instruido en las ciencias eclesiásticas el nuevo sacerdote que mas tarde habia de ser doctor universal de la Iglesia, maestro infalible de la fe cristiana, conocia toda la grandeza de la dignidad que se le habia conferido, el carácter que le elevaba y engrandecía, y cuál debia ser la santidad de su vida y la pureza de su doctrina para cumplir dignamente su ministerio. Como grabadas quedaron en su corazon y en su memoria las palabras pronunciadas por el pontífice que le confirió el sagrado orden sacerdotal. *Sacerdotem oportet offerre, praesse, predicare*. Perteneciente á nobilísima familia, y poseedor por lo tanto de bienes de fortuna, no pudo tener por objeto medrar á la sombra del santuario. Su vocacion era del cielo. La caridad le apartó de los salones de la aristocracia, teatro donde podia haber desempeñado un brillante papel por reunir en su persona todos los dones de la naturaleza, y le condujo al santuario. La caridad le hizo despojarse de los ricos trajes que le correspondian por su clase para vestir la humilde y negra sotana, símbolo de su divorcio con el mundo, y de alianza con la Esposa inmaculada del Cordero. Una vez que ha subido las gradas del altar y ha ofrecido al eterno Padre la Hostia pura, santa é inmaculada, es ya un hombre de Dios, una cosa suya y consagrada á Él especialmente (2). Dirige su vista á todas partes, contempla lo que ha dejado y lo que ha recibido, y ve que su grandeza

(1) San Próspero llama á los sacerdotes: *Columnae firmissimae quibus in CHRISTO fundatis innititur multitudo credentium*. (Lib. II de vit. contemp. sacerdot. c. 3).

(2) *Genus regale... populus adquisitiois... gens sancta... Sanctum Domino... Homo Dei*. (I Tim.; I Petr. II).

pasada no tiene punto de comparacion con su grandeza presente, como no puede haberla entre lo que es perecedero y lo que permanece siempre, como no puede haberla entre la luz y las tinieblas. Empero, no es elevado el hombre á formar parte de la Iglesia docente para rodearse de comodidades y pasar una vida muelle é infecunda. El sacerdote debe cultivar las ciencias para no asemejarse á un centinela dormido, y debe practicar las virtudes, por ser el espejo en que se han de mirar los fieles: ha de aparecer en el mundo, no para destruir, sino para edificar: mezclarse con los hombres cuando la caridad le llame, y apartarse de ellos cuando la prudencia lo exija: debe ser la providencia del desvalido, el padre de los huérfanos, el guia de los sencillos y el maestro de los que ignoran; en una palabra, un operario incansable de la viña de JESUCRISTO, dispuesto siempre á sacrificarse por sus hermanos, á la manera que el Salvador del mundo se sacrificó por toda la humanidad.

Tal fue el sacerdote Mastai, al que vamos á observar, siguiendo el hilo de la historia de su vida, buscando sus delicias entre los huérfanos á quienes instruye en la doctrina de la Iglesia; entre los pobres cuyas necesidades remedia en cuanto es posible, siendo visto ya á la cabecera de los moribundos para exhortarlos al arrepentimiento, abriéndoles las puertas de los cielos, ya en el púlpito tronando contra los vicios; ora en el confesonario dirigiendo las almas por las sendas de la bienaventuranza, ó bien al pié de los altares, donde se derramaba su corazon liquidado por el fuego activo de la caridad.

Tenemos ante la vista un campo dilatado: cuando lo hayamos recorrido; cuando toquemos el fin de nuestro trabajo y hayamos descrito los grandes hechos de nuestro héroe como sacerdote y como Jefe supremo de la Iglesia, reconocerá el lector que sin temeridad podria reducirse la vida del gran Pio IX á una sola linea, aplicándole unas frases que fueron escritas en elogio del Salvador del mundo: *Pertransiit benefaciendo*, pasó su vida haciendo bien.

El presbítero Mastai Ferretti no aspiró á ninguna colocacion de las ambicionadas entre el clero romano, á pesar de los títulos que tenia para distinguirse en cualquiera de los ilustres cabildos que glorifican las diversas basílicas de aquella religiosa ciudad.

Su modestia era tanta que limitó sus deseos á continuar interviniendo en el hospicio de *Tata Giovanni*; ¡modesta prebenda de la mas fácil adquisicion! El Consejo de aquel establecimiento le nombró director, llenando de satisfaccion á Pio VII, que tenia concebida la mas favorable idea de los sentimientos de caridad y de los dotes administrativos del jóven presbítero.

El contento de Mastai Ferretti llegó á su colmo; habia realizado su bello ideal; cuidar de los pobres, socorrerlos, administrar sus asuntos, extender si era posible la accion benéfica de su hospicio, tales eran sus aspiraciones.

Como un verdadero padre trataba á sus hijos, los huérfanos de *Tata Giovanni*, á cuya prosperidad consagraba todas las pensiones que de su casa recibia.

Notado ha el mundo el carácter justamente reformador de Pio IX; pues bien, los primeros ensayos de su organizador talento los hizo en la administracion de su hospicio. Empezó dando nueva extension á los estudios de los recogidos, aumentando el número de profesores y de asignaturas. *Tata Giovanni* fue pronto una escuela completa; puede decirse que de la primitiva constitucion de aquella casa el nuevo director no dejó sino las bases características; un nuevo establecimiento salió de sus manos.

Toda su existencia la consagraba á los pobres; *sus delicias eran conversar con los hijos de la indigencia*: con ellos se entretenia, con ellos se expansionaba, entre ellos abria las puertas de su corazon lleno de ternura, y los pobres le amaban.

Su solicitud consiguió la correspondencia, único premio que complace al alma benéfica.

No tardó en conseguir la mas alta autoridad moral sobre sus hijos; una palabra del nuevo *Tata Giovanni* era un decreto obedecido con la mas perfecta cordialidad.

Pio VII le demostró repetidas veces el gusto con que veia la marcha feliz que habia impreso á aquel santo albergue.

Sin embargo, el Pontífice comprendia que las eminentes cualidades del jóven director debian emplearse en un círculo mas vasto, para que fuese mayor la importancia y fecundidad de su alma privilegiada.

El elevado concepto que Pio VII se formó de su actual sucesor fue de inmenso provecho para la Iglesia universal; empero, confesémoslo, no dejó de ser una inmensa desgracia para aquel caritativo asilo.

La prudencia, la amabilidad, el atractivo, la soberanía suave, que constituian el carácter del presbítero Mastai, revelaron al Pontífice disposiciones diplomáticas no comunes.

¡Cosa particular! Pio VII supo descubrir, en el modo con que Mastai Ferretti trataba á los pobres, excelentes disposiciones para tratar con los políticos; y sin embargo la política y la pobreza son los dos polos opuestos de la vida social.

En aquellos días habíase suscitado una cuestion delicada; una gran parte de la América acababa de declararse independiente, sacudiendo la dominacion española, que era la base del modo de ser de aquellos pueblos.

La mas radical revolucion fue llevada á éxito feliz; y como todas las revoluciones afectan en bien ó en mal los diferentes ramos de la economía de un pueblo, los intereses religiosos se sintieron afectados con la proclamacion de la independencia americana.

No debemos tratar aquí de la política desarrollada por España en el Nuevo Mundo, aunque debemos confesar que habia basado el orden religioso de la América en la unidad católica, por la que la madre patria habia combatido con denuedo siete siglos consecutivos.

La unidad católica era uno de los principios combatidos por el espíritu de independencia americana; claro es, pues, que el triunfo de la revolucion operada en la América española importaba un cambio de relaciones entre la Iglesia y el nuevo Estado (1).

Constituido ya Chile y el Perú en repúblicas independientes, húbose de tratar inmediatamente de la cuestion religiosa; necesitábanse hombres de sa-

(1) Triste es para un corazon español deber recordar las desgracias de la patria: cábenos empero la satisfaccion de poder consignar aquí en defensa del procedimiento de la España en las colonias el testimonio de un orador católico, afecto hasta al entusiasmo á los intereses é independencia de la América, su país. En su discurso sobre el aniversario de *la independencia americana*, dice: «No se puede afirmar que el Gobierno colonial fuera tiránico; los vi-reyes eran ministros de un rey absoluto; empero gobernaban con templanza, en la esfera de sus atribuciones, sujetos á las leyes y á una responsabilidad eficaz; la paz, la moralidad, la seguridad de las personas y de las propiedades estaban perfectamente garantidas y conservadas.» Hé ahí el testimonio de respeto rendido á la justicia de los representantes de España en la América española por uno de los mas decididos partidarios de la emancipacion de aquellos países, el Dr. D. Francisco Majesté.

ber y prudencia para trasladarse á aquel emancipado teatro, y constituir un órden eclesiástico compatible con los intereses victoriosos en lo que cabia dentro de la justicia.

El éxito de semejantes empresas depende muchas veces de la eleccion de personas para negociar.

Pio VII nombró delegado suyo á Mons. Muzi, hombre de madura edad y aprovechada experiencia, al que agregó como auditor al presbítero Mastai Ferretti.

Inexplicable fue la sorpresa de este al conocer la irrevocable resolucion del Papa; su modestia le hacia naturalmente desconfiado: por otra parte, el vínculo de amor que ya se habia establecido entre él y sus pobres convertia en verdadero sacrificio el abandono de su predilecto establecimiento.

En fin, fue preciso decidirse.

Durante algunos dias los pobres de *Tata Giovanni* observaban cierta marcada expresion de tristeza en la fisonomía de su amado director, aunque devoraba en silencio la amargura que le producía su inmensa honra.

Llegó el dia de la separacion; era ya la víspera de su partida; dejemos nosotros la pluma y cedámosla á Mr. de Saint-Hermel, que describe la escena que pasó tal cual le fue referida por uno de los pobres asilados.

«En cierta ocasion Ángel Vocacelli, maestro zapatero de Roma, me dijo señalándome á *Tata Giovanni*: «En esa casa asistí á una de las escenas mas «tristes de mi vida. Era una de las mas bellas noches de verano. Siete años «hacia que estaba con nosotros Mastai Ferretti, cuando fue designado para «formar parte de una mision diplomática lejana; llegó la hora de dejarnos. «Nosotros lo ignorábamos, y sin embargo aquella era la hora del despido. «Todos notamos que el presbítero Mastai no abrió sus labios en toda la cena; «cuando hé ahí que dichas ya *las gracias*, y en actitud de marcharnos, nos «hizo seña de permanecer en nuestros puestos. Le obedecimos con puntuali- «dad; entonces con voz apagada nos anunció la triste nueva; *debemos sepa- «rarnos*, dijo; y prorumpió en amargo llanto; un grito agudo de dolor se oyó «en todos los ámbitos del refectorio; ciento veinte y dos recogidos éramos allí, «grandes y pequeños; ni uno hubo que no llorara.

«Por un movimiento unánime y espontáneo todos abandonamos nuestros «puestos para ir á arrojarnos á sus brazos; los que tenían algo lejano el asien- «to llegaron tarde. Los que estaban mas cercanos á la presidencia le habian «ya rodeado; unos tenían fuertemente asidas sus manos, y se las humede- «cian con sus lágrimas; otros le abrazaban imprimiendo en sus pálidas mejil- «llas el beso del mas filial cariño; otros, encaramándose á sus espaldas, ten- «dian sobre su cuello los brazos y besaban su lengua, cabellera, y los que no «podian besar su mano ó su mejilla, ó abrazarse á su cuello, asian su sotana «y se la rasgaban, para quedarse con un pedazo, tierna reliquia de su amor; «los de mas léjos levantaban las manos, agitaban los gorros y le suplicaban «con las mas conmovedoras frases que no les abandonara; que huérfanos ya «una vez, se resignara á continuar siendo su padre, para que no fuéran dos «veces huérfanos... ¿quién nos consolará ahora? decian estos; ¿quién nos ama- «rá como vos? exclamaban aquellos.

«Nuestra desesperacion le conmovió, empero su voz embargada por el «sentimiento no acertaba á pronunciar sino estas palabras: «*Hijos míos, com- «padecedme.*»

«En fin, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, exclamó con agudo grito: *Jamás hubiera creído que nuestro despido fuese tan doloroso.* Y «abriéndose paso por medio de nosotros se fué corriendo á su celda; en vano «pretendió cerrarla; nosotros entramos como un torrente en su habitacion.

«En aquella noche nadie durmió; todos permanecemos en la habitacion del «jóven director, que nos instruía, aconsejaba y consolaba. Nos recomendó el «trabajo y la moralidad, la sumision á los que debian sustituirle en su cargo, el amor á Dios y al prójimo, el cumplimiento de todos los deberes y la «resignacion ante todos los infortunios.

«Al amanecer vimos el coche que debia llevarse á nuestro benefactor...

«Cuando el cardenal Mastai fue elevado á la silla pontificia, yo y los antiguos albergados en *Tata Giovanni* exclamamos: Hé ahí *nuestro* Papa, el «Papa de los pobres, el Papa de los desvalidos.»

El bravo trabajador resolvió un dia visitar á su antiguo jefe del hospicio, rey ya del Vaticano; Mastai, que era Pio IX, le reconoció; habló de los buenos tiempos de su juventud, y le trató con admirable familiaridad; el Papa le dijo antes de despedirse: «¿Y bien, hijo mio, deseais poseer un recuerdo mio? «—¿Cómo no he de quererlo, Santísimo Padre?» contestó; Pio IX puso en sus manos un doblon de oro que tenia primorosamente cincelada su efigie. Ángel la besó. Entonces Ángel, con una franqueza que ningun artesano pudiera usar con otro monarca que no fuese el Papa: «Beatísimo Padre, le dijo, «este obsequio me compensa de los suaves tirones de oreja que me dábais «cuando metia cierta bulla entre mis compañeros de banco en el refectorio de «*Tata Giovanni.*» Pio IX sonrió agradablemente al obrero, y la audiencia terminó.

El nuevo auditor partió con el delegado Mons. Muzi; los espectáculos grandiosos del Océano interesaron su imaginacion creada para las grandes escenas.

Imposible es describir el estado en que encontraron los ánimos los representantes de la Santa Sede. La América del Sud, emancipada de repente de la tutela de España, fue teatro sangriento de las discordias mas encarnizadas entre los indígenas. La sed de gobierno se habia posesionado de todos los hombres que se creian privilegiados por el talento ó por la influencia. Las pasiones se hallaban en el periodo efervescente.

Delicada era la tarea de los representantes del Papa; no habiendo nada sólidamente constituido, faltaba la base para toda negociacion sólida. Además la república era muy exigente respecto á concesiones radicales y peligrosas.

Los gobernantes se entronizaban y caian con asombrosa prontitud; los congresos menudeaban, y las constituciones del Estado se reformaban apenas acordadas.

Á pesar de aquellas dificultades insuperables, y bien que fuese imposible un arreglo definitivo, el tacto, los conocimientos, el delicado proceder de Mons. Muzi y del abate Mastai consiguieron desvanecer las preocupaciones de algunos hombres de Estado influyentes en las repúblicas del Sud sobre las tendencias y las aspiraciones de la Iglesia; presentáronla como independiente de los intereses políticos y siempre dispuesta á tratar sobre bases equitativas y sólidas.

El espíritu de mansedumbre del delegado y de su auditor desarmó la preocupacion antireligiosa, y salvó por de pronto el principio del Catolicismo en el Gobierno y en las leyes fundamentales.

Nada dirémos del prestigio personal que Mastai Ferretti conquistó en aquellas regiones; su amabilidad fue proverbial luego, y las personas mas distinguidas de aquellas repúblicas tenian como á privilegiada gloria contraer con él íntimas relaciones.

Allí el jóven diplomático aprendió con perfeccion el lenguaje de Cervantes, que todavía no ha olvidado hoy; allí se enteró de las costumbres españolas que, á pesar del cambio político, se conservaban y en gran parte siguen conservándose; allí pudo ser testigo de los profundos trabajos de evangelizacion que nuestros mayores habian llevado á efecto; allí pudo apreciar el espíritu religioso del pueblo español, que habia marcado ante todo de indeleble manera el sello de la fe celestial en la fisonomía de aquel pueblo, su hijo; allí empezó á profesar á la España el amor que siempre por ella ha sentido, y del que tan elocuentes pruebas tenemos recibidas.

Dos años duró su residencia en la América del Sud; tiempo que aprovechó, no solo dedicándose á las tareas de su mision especial, sino tambien en la visita é inspeccion de las misiones, casas religiosas, comunidades y demás elementos de aquella iglesia.

El celoso auditor se sentia vivamente inclinado á consagrar sus dias á las misiones católicas; el espíritu apostólico siempre predominó en él; empero el Señor le tenia reservado para ejercer la mas universal accion sobre el apostolado contemporáneo.

En uno de sus viajes de Valparaíso á Lima, el barco chileno en que iba Mastai Ferretti fue sorprendido por la mas violenta tempestad. El piloto inexperto se turbó, y la nave corria á estrellarse contra las próximas rocas, cuando providencialmente aparece una barca tripulada por negros, y dirigida por un tal Bako. Fue una de las muchas pruebas de la solitud del cielo para salvar la vida preciosa del que debia de ser Pontífice de la Iglesia, que continuamente está recibiendo. Bako saltó á la embarcacion casi perdida; puso su segura mano sobre el timon, y, gracias á su conocimiento de los derroteros de aquellas aguas, consiguió poner la nave al abrigo del pequeño puerto de Arica.

Aquella tempestad y aquella inesperada salvacion puede ser hoy justamente considerada como un símbolo; ¡cuántas veces Mastai Ferretti ha visto próximo el naufragio de la nave cuya direccion Dios le confió! ¡Ah! hemos dicho mal; no, el naufragio no lo ha visto jamás ni próximo, ni posible, porque hombre de fe, y mas que esto, columna y apoyo de la fe del mundo, sabe el hoy Pontífice que, á pesar de todas las apariencias de un naufragio, á la Iglesia nunca le falta—permítasenos la aplicacion—nunca le falta á la Iglesia un divino Bako que le salva y el pequeño puerto de Arica en que cobijarse.

El distinguido auditor, que conservó en la eminencia del peligro la calma y serenidad que le son características, al verse salvado por Bako, despues de dar gracias á Dios, trató de ser generosamente agradecido con el instrumento escogido por la Providencia para salvarle. Á la mañana siguiente Bako recibió la visita del abate Mastai Ferretti en la pobre cabaña que habitaba en las orillas del mar, dejándole como testimonio de gratitud una bolsa conteniendo cuatrocientas piastras, ó sean unos dos mil francos.

Las vicisitudes de su agitada vida no han borrado todavía en Pro IX el recuerdo de su salvador en aquella hora angustiosa; así es que, cuando su elevacion á la silla pontificia, envió á Bako una suma igual á la primera.

Empero Bako habia hecho fortuna con el donativo recibido del abate libertado; el cielo le habia premiado tambien, haciendo prósperos en todos conceptos sus negocios y empresas: Bako distribuyó entre los pobres el nuevo donativo del Pontífice agradecido, y colocó la efigie de Su Santidad en una capilla que mandó construir sobre un picacho que domina el mar.

No es solo Pio IX el que debe gratitud al providencial Bako: la cristiandad entera hace con él una deuda de profundo reconocimiento. Su destreza y habilidad salvó para la Iglesia al hombre que de mas gloria la ha rodeado en la presente época.

Es probable que Bako haya fallecido ya, porque al entronizamiento de Pio IX era anciano; pues bien, acordémonos en nuestras oraciones de Bako, y si está ya en el cielo, interceda para con el Dios que suelta y encadena los vientos, que irrita y amansa las olas, á fin de que introduzca pronto en un nuevo Arica la nave de su Iglesia.

No pudiendo resolver nada definitivamente respecto á la situacion de la Iglesia en Chile, Mons. Muzi y el auditor Mastai Ferretti regresaron á Roma, donde le habia precedido ya la fama de su discrecion y eminentes cualidades.

CAPÍTULO V.

LEON XII.—RELACIONES DEL ABATE MASTAI FERRETTI CON AQUEL PONTÍFICE.—SU ELEVACION AL EPISCOPADO DE ESPOLETO.

AL poco tiempo de haber partido para América el abate Mastai, el Señor llamó á Pío VII para recompensar en la gloria los eminentes servicios prestados á su Iglesia.

Leon XII fue elevado á la silla de san Pedro, enaltecida por la memoria de los Pios que acababan de ocuparla.

El fallecimiento de Pío VII tuvo lugar el dia 20 de agosto de 1823: dos tendencias se marcaban manifiestamente en el sacro Colegio; la de los que deseaban una restauracion omnimoda del elemento eclesiástico en la administracion, impulsados por el cardenal Vidoni, y estos tenian por candidato de la tiara al cardenal Severoli, obispo de Viterbo y nuncio que habia sido de Viena, y la de los que, mas transaccionistas con las pretensiones seglares, se inspiraban en el espíritu de la política de Consalvi; estos aspiraban á dar el pontificado al cardenal Castiglioni; los cardenales Benvenuti y Opizzoni estaban al frente de aquella seccion.

Ambos candidatos eran dignos por sus virtudes personales de sentarse en la silla de san Pedro; la divergencia era puramente metódica.

Reunidos ya los cardenales, los embajadores de las potencias católicas visitaron la venerable asamblea segun costumbre, pronunciando discursos diplomáticos; el sagrado Colegio pudo recoger con aquella ocasion un testimonio sumamente honroso de labios de Mr. Laval Montmorency, embajador de Francia: *El espíritu de la revolucion, dijo, no ha penetrado todavia en ninguna reunion semejante... la revolucion francesa lo ha invadido todo en el continente, excepto el conclave.*

El conclave empezó sus ejercicios de reglamento, cuando el Austria, haciendo uso, no del derecho, sino del respeto introducido al veto, excluyó al cardenal Severoli; la protesta del Austria, que se atendió para evitar complicaciones, hizo fijar la atención de los cardenales en el Emo. Sr. Aníbal-Francisco-Clemente-Melchor-Jerónimo-Nicolás de la Genga. Había nacido en Esposito á los 22 de agosto de 1760. Gracias á su opulenta posición, obtuvo la educación mas esmerada; su talento sacó admirable provecho de sus estudios. Pio VII fundó en él grandes esperanzas, sobre todo desde que oyó la dedicada oración fúnebre de Francisco II, emperador de Austria, que pronunció de la Genga en presencia de Su Santidad y en la capilla Sixtina.

Los hechos de aquel Emperador, que tantos disgustos había causado á la Iglesia, se prestaban poco á elogios sagrados; la prudencia del orador supo esquivar las grandes dificultades. Pio VI le nombró primero canónigo de San Pedro y secretario particular; y un año despues fue consagrado con el título de obispo de Tiro, y enviado á Colonia en calidad de nuncio, donde substituyó al célebre cardenal Pacca.

Pio VII le nombró enviado extraordinario en la Dieta de Ratisbona, donde tantas cosas debían tratarse afectas al porvenir de la Iglesia en Alemania. Su celo y sus talentos no pudieron vencer la impetuosa corriente de las ideas bonapartistas.

Mas tarde asistió con los cardenales Caprara y Bayanne á las conferencias de París para arreglar los asuntos de la Iglesia de Francia.

En 1820 sucedió al cardenal Litta en el grave cargo del vicariato de Roma, puesto confiado siempre á un cardenal distinguido por la piedad de sentimientos.

El cardenal de la Genga pertenecía á la tendencia austera del sacro Colegio; era uno de los antagonistas de la política transaccionista de Consalvi, con quien había tenido disensiones administrativas.

De la Genga, anciano y achacoso, se opuso enérgicamente á su propia elección; sin embargo, la decisión de sus amigos le rindió.

Uno de sus primeros cuidados fue atraerse la benevolencia de los cardenales disidentes, á los que concedió los puestos mas delicados en su Gobierno.

Cuando el cardenal della Somaglia, decano del sacro Colegio, uno de sus antiguos adversarios, se arrodilló á sus piés despues de la elección para prestarle obediencia, Leon XII le dijo en voz baja: *Vuestra eminencia nos servirá en calidad de secretario de Estado*; luego confirmó en su cargo al cardenal Cristaldi, que desempeñaba lo que en España llamamos ministerio de Hacienda, y allí la Tesorería general.

Esta conducta sorprendió á amigos y á adversarios. La prudencia obtuvo el mas glorioso triunfo.

La expectación universal se fijaba en las nuevas relaciones de Leon XII con el cardenal Consalvi.

Este Cardenal se hallaba completamente atraído ya á los dotes del nuevo Papa, en quien veía resplandecer el espíritu de la sabiduría y del consejo. Á una indicación del Pontífice, Consalvi achacoso y decrepito hizo trasladarse de Porto d'Anzio al Vaticano. Notable fue la entrevista de Leon XII con el ministro de Pio VII; Consalvi empezó confesando una modificación en sus ideas; exponiendo al mismo tiempo los elevados móviles de la línea de conducta política que había seguido.

El Pontífice pudo convencerse que el cielo le había acordado una victoria completa sobre todos los disidentes.

Leon XII dirigió el día 3 de mayo de 1824 su palabra pontificia al mundo; su encíclica *Ut primum ad summum pontificatus* contiene oportunas y sólidas consideraciones contra el indiferentismo religioso y contra las sociedades bíblicas, dos plagas sociales de aquellos tiempos.

Una ocasión propicia se ofreció al Papa de manifestar toda la energía de su carácter. Desde el siglo XV se estableció el jubileo universal en cada cuarto de siglo; hasta el año 1775 se había celebrado cada veinte y cinco años aquel hecho extraordinario, ostentación de la indulgencia y de la misericordia de la Iglesia.

Las circunstancias impidieron que Pio VII lo celebrara en 1800, y los diplomáticos querían aprovechar aquella excepción para impedir que el año de 1825 fuese declarado año santo. ¿Qué móvil podía empujarles á esta exigencia?

Es indudable que el esplendor de Roma estaba condenado sin apelación en dos regiones influyentes; en los consejos de los soberanos y en las sociedades secretas. Un jubileo universal reúne en la capital del Cristianismo millares de millares de peregrinos que van á prosternarse ante el sepulcro de los santos Apóstoles, y á admirar la grandiosidad de los monumentos por la fe erigidos.

Este certificado de la influencia de Roma sobre el mundo, librado tan espontáneamente por el género humano, desagrada á una política que de un siglo á esta parte mira con recelo los últimos destellos del poder eclesiástico. Por otra parte, la abdicación de la Roma católica es una de las principales tendencias de los clubs racionalistas.

Leon XII hubo de sufrir una oposición viva, aunque velada, por parte de algunos Gabinetes europeos; empero había tomado la resolución de abrir las entrañas de misericordia de la Iglesia, y quiso cumplirla.

El día 27 de mayo de 1824 publicó su breve *Cum multa in urbe*, que contiene un elocuente, aunque merecido, elogio á la Compañía de Jesús.

La reforma de las escuelas le ocupó luego; fundó un colegio filológico, en el que debían profesarse todos los ramos de la erudición, de la crítica y del estudio de las inscripciones. Estableció en Espoleto los Hermanos de la Doctrina cristiana. Inspeccionó y reformó las cárceles; modificó la administración pública; arregló la situación del clero parroquial en sus letras apostólicas *Super universam*; y el día 24 de diciembre del mismo año abrió solemnemente la puerta llamada santa; suprimió varios impuestos, y dió su aprobación soberana á diversas congregaciones religiosas; estableció nuevas diócesis, y terminó algunos arreglos y concordatos con varios países; entre los que fueron especial objeto de su atención Francia, Inglaterra, Alemania, Baviera, Hannover, España, los Países-Bajos, la América.

«La acción del Papado sobre la civilización, dice Henrion, es muy decisiva para que podamos dejar de resumir de una manera especial lo que Leon XII hizo en interés de las artes y de las ciencias. Sábio como era, fue siempre el amigo de los sábios. Elevado al pontificado, alentó á los jóvenes dedicados al cultivo de la ciencia, así como á los artistas, por medio de premios y pensiones. No otorgó puestos de importancia sino á varones distinguidos por su ciencia y su piedad. Apenas hecho papa, apresuróse á promulgar leyes que han

formado el criterio del porvenir, sobre todo relativamente á la direccion de los estudios. Visitó de una manera solemne la Academia ó Archigimnasio de Roma, exponiendo en un profundo y elocuente discurso el nuevo plan de enseñanza. El Seminario romano, los colegios Gregoriano y Urbano, la *Propaganda fidei* y otros establecimientos científicos recibieron frecuentes visitas suyas. Aumentó los honorarios del profesorado, dotó con una cantidad considerable las bibliotecas y el Museo de historia natural, enriqueció los depósitos literarios, sobre todo el del Vaticano, con una multitud de libros preciosos, y los museos adquirieron por su mano monumentos interesantes. Por orden suya se emprendieron de nuevo los estudios sobre los manuscritos del Vaticano, lo que inspiró á uno de los sábios de Roma este dístico:

Marmora muta Pius reperit: nunc ecce loquentes
Audit Aristidem Hippolytumque Leo.

«Restableció tambien la imprenta Vaticana para facilitar la publicacion de buenos libros. Repartió todos los conocidos sábios en Roma domiciliados en cinco colegios, el de la Teología, el de la Jurisprudencia, el de la Medicina, el de la Filosofía y el de la Filología. Al frente de todos los estudios puso una congregacion de cardenales distinguidos por su talento, elevando el presupuesto destinado á las academias romanas de 10,000 á 15,000 ducados. Recomendó á los obispos de las provincias la mas viva solicitud en alentar el estudio de las ciencias en sus diócesis, y por medio del breve orgánico de 25 de setiembre de 1825 les confió la inspeccion de la enseñanza pública, estableciendo que los aspirantes á maestros probaran su capacidad ante un tribunal presidido por el obispo. Hizo todo lo que en su mano estuvo para asegurar profesores notables á la célebre universidad de Bolonia.

«La educación de la juventud le era predilecta; así es que demostró un interés vivísimo para la buena marcha del colegio Gregoriano, donde se educaban los hijos de las clases medias; el colegio de los Nobles no mereció menos su atencion. Señaló pensiones y profesores á los jóvenes alemanes que iban á completar sus estudios en Roma, y estableció el Colegio de los irlandeses. De lo que resulta que si por desgracia su pontificado fue breve, en cambio fue altamente fecundo.»

Leon XII tenia prevista la proximidad de su fin; sentía desarrollarse rápidamente la semilla de la muerte cuando su elevacion al solio pontificio, y así lo hizo presente al sacro Colegio cuando se convenció que obtendria la mayoría de votos. Cada vez que visitaba los hospitales, lo que acontecia con frecuencia, decia á los enfermos: *Rogad á Dios por un hombre cuya salud está cada dia mas en peligro que la vuestra*; sobre la mesa se encontró la inscripcion que dispuso se grabara en su sarcófago, y que en sustancia dice: *Aquí, cerca de las cenizas de Leon el Grande, he escogido el lugar de mi sepultura, implorando con insistencia el apoyo de mi celestial patron, para mí, su humilde cliente, el menor entre los herederos de tan grande hombre.*

Leon XII solo ocupó la sagrada Silla cinco años y algunos meses.

Como ha podido notarse, aquel gran Papa brilló por su amor á la sabiduría, por su proteccion á las letras, por la mansedumbre y prudencia de su alma.

No hemos querido pasar por alto sus eminentes cualidades: aquel pontificado es una página que puede oponerse siempre con eficacia á los que acu-

san al sacerdocio de la indiferencia para el progreso del genio y de las letras.

Leon XII apreciaba debidamente las cualidades del auditor de Mons. Muzi, que desempeñaba tan delicada mision en América.

Los asuntos de la Iglesia en las repúblicas del Sud llamaban sériamente la atencion del Pontífice, porque del giro que tomaran las cosas dependia la conservacion ó la ruina de la fe católica en el Nuevo Mundo.

En prueba de reconocimiento por el tacto del presbítero Mastai Ferretti, Leon XII le nombró prelado de su corte al regresar á Roma, y secundando sus deseos, en memoria de su admirable direccion de *Tata Giovanni*, le confirió la presidencia de la comision directiva del hospicio de San Miguel.

Mons. Mastai se encontró de nuevo entre los desvalidos; ¡qué igualdad de carácter! Venia de alternar con lo mas escogido de la sociedad americana, venia de recibir el homenaje de la admiracion de los grandes diplomáticos, y de repente vuelve á cambiar de atmósfera, y pasa de un mundo lleno de esplendor á otro mundo lleno de gemidos.

El hospicio de San Miguel es uno de los principales establecimientos de beneficencia que Roma cuenta; situado en la orilla derecha del Tíber, frente al monte Aventino, fue fundado por Inocencio X como refugio de los niños desamparados. Aquel establecimiento contiene la escuela mas antigua de artes y talleres.

Posteriormente á su fundacion la munificencia de los Papas permitió extender el círculo de su accion, y convertirle en un asilo para todas las miserias.

Inocencio X habia recogido en aquel sitio cien niños; Inocencio XII triplicó el número de sus «sobrinos,» como afectuosamente llamaba á sus albergados. Clemente XI abrió en San Miguel un departamento para los ancianos y enfermos; Clemente XII destinó otra seccion á recoger las mujeres de vida licenciosa; Pio VI transportó allí las jóvenes albergadas en San Juan de Letran.

Así todas las necesidades se hallaron convocadas en aquel grande monte de la beneficencia cristiana; todas las heridas obtuvieron allí un bálsamo. El hospicio de San Miguel reúne, en un espacio que ocupa una longitud de trescientos treinta y cuatro metros sobre una latitud de ochenta, cuatro grandes divisiones; es á la vez una gran casa de retiro para los ancianos; un asilo para las mujeres enfermas y malas; una inmensa escuela profesional para las jóvenes pobres, y un taller gigantesco para los niños abandonados.

No habia en verdad un lugar mas á propósito para expansionarse á sus anchuras el corazon del nuevo prelado; allí podia ejercer las catorce obras de misericordia cada dia, á cada instante.

No obstante, el directorio de aquel establecimiento era sumamente complicado; tenia todas las dificultades de un verdadero ministerio, pues aquel lugar encerraba todo un mundo.

Al tomar posesion del cargo que Leon XII le confiara, un déficit abrumador pesaba sobre aquella casa; el nuevo director planteó inmediatamente el problema de disminuir los gastos sin afectar al bienestar de los pobres; es decir, se propuso conciliar la caridad con la economía.

Mons. Mastai creyó injusto que la casa recibiera todo el fruto del trabajo de los recogidos, los cuales no habian recibido hasta entonces, como á recompensa, sino cincuenta piastras cada uno al salir del establecimiento.

Mastai Ferretti dispuso que se asignara un tanto por ciento de los beneficios obtenidos por las manufacturas de los asilados; y á fin de evitar fuera aquella ganancia motivo de disipacion, dispuso que los alcances de los alumnos se colocaran en un banco con el respectivo nombre de cada uno, que con esta medida quedaba en la seguridad de que al salir del establecimiento contaria con un pequeño capital.

Con esta medida y otras semejantes dictadas por el mismo criterio elevado y entendido reanimóse el espíritu del establecimiento, que se colocó á la altura de sus mejores dias.

No olvidaba Mons. Mastai que de aquel asilo de misericordia salieron celebridades como Mercuri, Calamata y Taccimeis, y que otros y otros artistas podian todavía glorificar aquella casa con los resplandores de la inmortalidad de sus obras.

No necesitó sino dos años el nuevo director para enjugar el déficit del establecimiento, restablecer el orden en todo su complicado mecanismo, y darle el crédito y el título á la admiracion de cuantos se ocupaban de las cosas romanas.

Leon XII cobró un verdadero cariño al prelado Mastai, y resolvió colocarle en una region mas elevada, desde la que pudiera alumbrar á mas distancia con los resplandores de su virtud y de su ciencia.

No puede darse una prueba mas clara de predileccion que la que recibió Mastai de aquel venerable Pontífice. La silla arzobispal de Espoleto, su patria, quedó vacante; pues bien, Leon XII, que amaba á su patria, no encontró una persona mas digna para enviarle como pastor, que el sábio presidente del hospicio de San Miguel.

Si hubiera cabido la vanidad en el jóven Prelado, terrible tentacion de admitirla era el verse tan distinguidamente honrado por el Jefe de la Iglesia.

Mons. Mastai aceptó la nueva é inesperada dignidad con el temor natural en todo sacerdote que sabe medir toda la extension del cargo episcopal, y el peso de la responsabilidad que ante Dios y los hombres contrae el que la acepta.

Espoleto conocia ya por la fama las condiciones personales del nuevo Pastor, y cuando no las hubiera conocido, bastara á aquel pueblo recordar que era su compatricio Leon XII quien se lo enviaba para tener en su favor la mas eficaz recomendacion.

Espoleto es una de las mas notables poblaciones de los Estados romanos; su historia es de antiguo gloriosa: ella resistió el impetu de las huestes de Aníbal. Longinos, exarca de Ravena, estableció allí el asiento de los duques, que alcanzaron merecida celebridad; consérvanse en ella las ruinas magníficas de un templo, de un teatro y de un palacio de los reyes godos, que con frecuencia escogieron aquel lugar como de asiento. Su catedral, dedicada á Nuestra Señora, es casi toda de mármol; varias y bellas son sus iglesias. En el siglo XIII el papa Gregorio IX celebró un concilio en Espoleto para tratar de la reconquista de la Tierra Santa; Pedro Ursino publicó importantes constituciones sinodales en aquella ciudad; fue cuna de hombres eminentes en todos los ramos del saber, y finalmente, como hemos dicho, coronó su gloria siendo la patria del ilustre vástago de los de la Genga, que debia honrar la cátedra de san Pedro.

Mons. Mastai Ferretti tomó posesion de su silla á mediados del año 1827.

Espoletto le recibió con transportes de júbilo. El Arzobispo abrió con efusión sus brazos para cobijar á su sombra á todos sus nuevos hijos en la fe. Pronto fue popular su amabilidad y la dulzura inseparable de su carácter. Su palacio se convirtió en un asilo de todos los desventurados; él fue reconocido como á tierno protector de todos los desvalidos.

«La ciudad de Espoletto, dice uno de sus biógrafos, recordará eternamente los dias en que su iglesia fue presidida por tan extraordinario pastor; durante los cinco años tempestuosos que atravesó, parecia que su presencia atraia una especie de divina proteccion y bendicion celestial.»

Entre los varios rasgos de su querúbico amor cuéntase que, habiéndosele cierto dia presentado una pobre anciana, abatida por la miseria, se arrojó á sus piés pidiéndole una limosna que le permitiera socorrer la suma necesidad en que se hallaba abismada. El Arzobispo comprendió la urgencia de la situacion de aquella desventurada; empero ¡oh dolor! sus recursos se hallaban agotados, el Prelado se habia desprendido del último *bayocco*.

Mas la caridad no conoce límites; si carece de dinero, posee alhajas. Sin detenerse, va, pues, tira de un cajon, saca un cubierto de plata y se lo entrega diciéndole: Id, llevad esto al monte de piedad, y yo lo redimiré cuando tenga fondos.

La infeliz aceptó, besó la mano bienhechora y se fué á empeñar el cubierto del Arzobispo.

Por la noche el administrador de palacio se presentó á Su Ilustrisima alarmado. «¿Sabeis, monseñor, le dijo, que tenemos ladrones en casa?»—No lo comprendo, contestó el Prelado.—Pues fuera de toda duda está, replicó el administrador, hoy ha desaparecido un cubierto de nuestra vajilla.—El Arzobispo se sonrió, diciendo: «¡Ah! ahora comprendo; tranquilizaos, amigo mio: Dios es el que ha dispuesto el destino de aquel cubierto; no os alarmeis.»

El administrador, dependiente antiguo del Prelado, comprendió entonces el secreto de la desaparicion, y con la franqueza á que da cierto derecho la fidelidad empezó á reprender la excesiva generosidad de su corazon. «¿Dónde vamos á parar, monseñor, con este sistema que habeis adoptado? ¿No basta ya no tener dinero en casa, que nos veamos amenazados de comer en cubiertos de madera? poned á raya vuestra peligrosa munificencia y atended á lo que reclama vuestra dignidad y posicion.»

El Arzobispo le rogó no insistiera. «Si vos fuéseis padre de hijos sin pan, le dijo, preferiríais comer la sopa con cubierto de madera, á que vuestros hijos, mientras vos comiéseis con cubiertos de plata, devoraran los horrores del hambre.»

El Arzobispo se manifestó, pues, incorregible.

El pueblo de Espoletto sabia estas escenas, y admiraba al héroe de ellas. La pobreza del Prelado rodeaba de gloria su nombre; y esta fama tan merecida conquistaba muchas almas á una religion, gérmen de tan nobles sentimientos.

Durante su pontificado en Espoletto, aquella iglesia vió florecer extraordinariamente el culto y la fe.

Leon XII sabia el brillante comportamiento del Arzobispo que habia destinado á su patria, y daba gracias á Dios, de haberle inspirado tan acertada eleccion.

CAPÍTULO VI.

PONTIFICADO DE PIO VIII.

HEMOS llegado ya al pontificado del sucesor de Leon XII. Extraordinariamente corto fue en duracion el reinado de aquel Pontífice digno de empuñar muchos años el báculo de la santa Iglesia. Ante todo debemos decir que ningun hecho notable se relacionó, en los pocos meses que dirigió Pio VIII la Iglesia, con la historia de Pio IX que estamos trazando; por lo que no le consagramos capítulo aparte sino para no interrumpir la rápida reseña de los acontecimientos referentes á la Iglesia universal que nos proponemos trazar en este libro.

Francisco Javier Castiglioni era el nombre del cardenal elegido papa el día 31 de marzo de 1829; su patria era Cingoli, legacion de Ancona, y su nacimiento tuvo lugar el día 20 de noviembre de 1761, de noble prosapia. Dotado de talento preclaro, hizo rápidos progresos en las ciencias teológicas, habiendo compuesto en su juventud las notas, recomendables por su erudicion, que acompañan y completan las Instituciones canónicas de Devoti, su maestro y amigo.

Nombrado obispo de Monte Alto, tuvo ocasion de dar testimonio de la energía de espíritu y de la integridad de la fe durante las persecuciones que la Iglesia sufrió en aquella época.

Confinado sucesivamente á Milan, á Pavia y á Mantua, supo captarse la benevolencia y hasta la veneracion de sus carceleros.

Pio VII se acordó de su fidelidad, y en el día de su triunfo le recompensó su adhesion á la causa pontificia nombrándole cardenal y obispo de Cesena en 1816.

Los honores mas eminentes y los cargos mas delicados del sacro Colegio ueron confiados á su celo é inteligencia.

Pio VII tenia formado de él tan elevado concepto, que le designaba francamente como á su sucesor, hasta el punto de haberle dicho, con motivo de cierta cuestion delicada, de que ambos se ocupaban: *Esto lo arreglará despues de Nos vuestra santidad Pio VIII.*

Una parte de los cardenales, segun hemos dicho, pretendia en realidad elegirlo despues de la muerte de Pio VII, empero lo imposibilitaron las complicaciones diplomáticas surgidas en el conclave.

Tuvo la satisfaccion de ver mejorarse la situacion de los armenios católicos, por la mediacion de los embajadores de Francia y de Austria; tomó medidas de conciliacion y dulzura relativamente á la Prusia, echando las bases de un arreglo ó *modus vivendi* de los católicos de aquel reino. Empero, los príncipes de la Confederacion germánica, pertenecientes á la Iglesia protestante, suscitaron dificultades que no alcanzó á orillar el paternal breve dirigido por Pio VIII al arzobispo de Friburgo, y á los obispos de Maguncia, Rottemburgo, Limburgo y Fulda. La persecucion á la Iglesia tomó creces, y se revistió del carácter de un verdadero martirio, pues los católicos habian llevado las concesiones hasta los límites que á sí propia se traza la prudencia.

Por un decreto particular declaró que podia procederse con toda seguridad á la canonizacion del bienaventurado Alfonso Maria de Ligorio, fundador de la Congregacion de Redentoristas.

No tardó en estallar la revolucion de Francia y la insurreccion de la Polonia. La Iglesia necesitaba conservar un pontífice de las distinguidas cualidades y eminentes virtudes de Pio VIII, pues necesitaba toda la fuerza de carácter, que él poseia, para sobreponerse á la gravedad de las circunstancias, cuando el Señor le llamó á su seno.

Pio VIII entregó su espíritu al Criador el dia 30 de noviembre de 1830.

Durante su pontificado, como hemos dicho, el arzobispo Mastai Ferretti siguió gobernando tranquilamente su archidiócesis, conquistando cada dia mas grados de amor y cariño de parte de sus súbditos.



Títulos de los capítulos contenidos en las entregas que van publicadas de la presente obra.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.—Situación del mundo al nacer Pío IX.

CAP. II.—Patria, familia y nacimiento de Pío IX.

CAP. III.—Relaciones del niño Juan María Mastai con el sumo pontífice Pío VI.

CAP. IV.—Pío VII.—Relaciones del joven Mastai Ferretti con aquel Pontífice.

CAP. V.—Leon XII.—Relaciones del abate Mastai con aquel Pontífice.—Su elevación al episcopado de Espoleto.

CAP. VI.—Pontificado de Pío VIII.

Láminas publicadas.

PORTADA.—*Noli timere periculum; lignum te portat quod continet seculum.* (AUG. ENAR. IN PSALM. CIII). No temas el pe-

ligro, la nave que te lleva sostiene y refrena el mundo.
Sinigaglia, patria de Pío IX.

Láminas que van á publicarse.

El niño Mastai orando con su madre por Pío VI.

El joven Mastai Ferretti pide consejo á Pío VII sobre su vocación.

El presbítero Ferretti despidiéndose de

los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*.

El piloto Bako salva la embarcación en que iba Mons. Mastai Ferretti.